

Unidad 5

- Estudio del Hombre como Introducción al Estudio de la Sociedad

- 5.1 El estudio del hombre como base para el conocimiento social.
- 5.2 Referencia a la vida humana y a sus caracteres esenciales.
- 5.3 La vida humana tiene que hacerse a sí misma.
- 5.4 Capacidad de ensimismamiento y capacidad de proyección al exterior.
- 5.5 Variedad de objetos en el mundo en que vivimos.
- 5.6 La interpretación social del mundo como ingrediente de la vida humana.
- 5.7 El hombre puede anticipar mentalmente el futuro. El lenguaje, los símbolos.
- 5.8 Ingredientes de la personalidad concreta individual del hombre.
- 5.9 Unidad empírica de la personalidad individual.
- 5.10 El Yo y la circunstancia.
- 5.11 El Yo del hombre.
- 5.12 La identidad del yo para sí mismo y para los demás.
- 5.13 Ingredientes sociales de la personalidad individual.
- 5.14 La personalidad del niño y el medio social.
- 5.15 Las neurosis causadas por la desintegración de la estructura social.
- 5.16 El Yo en su modo o contorno determinado es albedrío o libertad.
- 5.17 Albedrío y las leyes sociológicas.
- 5.18 Igualdades y desigualdades entre los hombres.
- 5.19 Plasticidad y variedad de lo humano.

CAPÍTULO V

ESTUDIO DEL HOMBRE COMO INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LA SOCIEDAD. LA PERSONALIDAD INDIVIDUAL Y SUS INGREDIENTES SOCIALES

SUMARIO:—1. El estudio del hombre como base para el conocimiento de lo social.—2. Referencia a la vida humana y a sus caracteres esenciales.—3. La vida humana tiene que hacerse a sí misma.—4. Capacidad de ensimismamiento y capacidad de proyección al exterior.—5. Variedad de objetos en el mundo en que vivimos.—6. La interpretación social del mundo como ingrediente de la vida humana.—7. El hombre puede anticipar mentalmente el futuro. El lenguaje. Los símbolos.—8. Ingredientes de la "personalidad" concreta individual del hombre.—9. Unidad empírica de la "personalidad" individual.—10. El yo y la circunstancia.—11. El yo del hombre.—12. La identidad del yo para sí mismo y para los demás.—13. Ingredientes sociales de la personalidad individual.—14. La personalidad del niño y el medio social.—15. Las neurosis causadas por desintegración de la estructura social.—16. El yo en su mundo o contorno determinado es albedrío o libertad.—17. Albedrío y leyes sociológicas.—18. Igualdades y desigualdades entre los hombres. La unicidad de cada personalidad individual.—19. Plasticidad y variedad de lo humano.

I —EL ESTUDIO DEL HOMBRE COMO BASE PARA EL CONOCIMIENTO DE LO SOCIAL

El conjunto de las formas, de las interacciones, y de los procesos que se dan entre los hombres, al cual llamamos *sociedad*, se da y se desenvuelve en la vida humana. Si queremos entender y explicar adecuada y correctamente lo social, o sea los hechos sociales, conviene para ello que analicemos, aunque sea sólo brevemente, la realidad de la vida humana. Todos los hechos y actividades sociales son conducta humana, y a fuer de tal, tienen su origen, su campo y su proyección en la vida del hombre. Por consiguiente, importa estudiar al hombre, ya que él es el centro, el agente y el objeto de todas las llamadas actividades sociales. En efecto, los hechos sociales del hombre salen, y al hombre van a parar. Por eso, el estudio de la vida humana debe constituir la base de la Sociología, así como de las ciencias sociales particulares —y también, como se verá, de las ciencias de la cultura. De hecho, todas las grandes teorías sociológicas, al igual que las grandes filosofías sociales, han partido de una concepción del hombre.

Carece de toda justificación e incluso carece de sentido hablar de asociaciones animales (hormigas, abejas, e incluso gorilas), porque las diferencias que separan las interacciones animales frente a la vida humana social son de tal monta y son tan complejas, que determinan una esencial distinción de especie y no simplemente

de grado, como observa Ashley Montagu, uno de los más ilustres antropólogos de nuestro tiempo. Tiene suma importancia que nos demos cuenta de las diferencias *esenciales* entre el ser humano y los demás animales, porque el no haber comprendido correctamente esas diferencias ha llevado a graves confusiones, por parte de los científicos de otros tiempos, en el estudio de la índole biosocial del hombre. Desde un cierto punto de vista —muy parcial— “el hombre es un animal. Pero es también mucho más que eso: es un animal humano, un animal que crea cultura, una criatura capaz de trascender toda animalidad— y está en peligro de descender al nivel de un animal pervertido, cuando olvida este hecho”.¹

El análisis de lo social, que se va a desenvolver más adelante en este libro, mostrará que lo social es un conjunto de modos o formas de vida humana, y de interacciones entre los hombres. Por eso, veamos antes qué es eso que se llama existencia humana, para averiguar después qué sean dentro de ella y para ella los hechos sociales.

En el siglo xx se ha adelantado muchísimo en el estudio del hombre. Mientras que en otras épocas se atendió sobre todo a determinados componentes del hombre, buscando su auténtica esencia, más allá de aquellos componentes, aunque sin diseñar en modo alguno los datos valiosísimos que el estudio de esos componentes orgánicos y psíquicos suministra. En efecto, hoy se desenvuelve como base central de todos los estudios sobre lo humano (tanto de las ciencias de la conducta —Psicología y Sociología—, como de las ciencias sociales particulares y de las ciencias de la cultura) una indagación de Antropología filosófica. Y, además, por otra parte, se utiliza con formidable provecho los nuevos descubrimientos realizados por la Psicología contemporánea. Esos adelantos, formidables, permiten dotar a las ciencias de lo humano, entre ellas a la Sociología, de unos fundamentos mucho más sólidos, a la vez que mucho más claros que los que antes hubieron de tener.²

Es sin duda cierto que en nuestros días se ha avanzado portentosamente en el conocimiento esencial de lo humano, así como en el conocimiento de los fenómenos psíquicos, y de las condiciones de otros órdenes que enmarcan y condicionan a éstos, y que influyen sobre éstos. Sin embargo, sería erróneo suponer que se ha recorrido ya la mayor parte del camino en ese estudio. Por el contrario, sería más correcto decir que se está empezando a explorar con éxito los caminos correctos. La prosecución de esa empresa probablemente habrá de suministrar en el futuro resultados todavía más sorprendentes de los que tenemos ya hoy.

¹ Cfr. MONTAGU (Ashley), *The Biosocial Nature of Man*, Grove Press, Nueva York 1956, pp. 9 y ss.

² La filosofía del siglo xx se ha centrado en el estudio de la vida humana. No me refiero solamente, ni siquiera principalmente, al “existencialismo a la manera de Heidegger (que desde luego constituye una genial contribución, pero de cuya orientación disiento), o a la manera de Sartre (cuya obra ciertamente de alto rango es un testimonio de desesperanza), sino que pienso sobre todo en las decisivas contribuciones de Max Scheler (preparando el camino), José Ortega y Gasset, Jaspers, Cassirer, de Cooley, Mead, John Dewey, Collingwood, Francisco Romero, David García Bacca, Francisco Miró Quesada, Risieri Frondozi, Romano Muñoz, en el existencialismo cristiano de Gabriel Marcel, de Chevalier, y de otros varios. La Psicología contemporánea ha producido contribuciones de enorme calibre en el estudio de lo humano y sobre todo en el análisis de la personalidad. Véase, p. e., en el campo psicológico la colección de estudios de 39 autores, publicada por KLUCKHON (Clyde), y MURRAY (Henry A.), *Personality in Nature, Society, and Culture*. A. Knopf, Nueva York, 1950.

2.—REFERENCIA A LA VIDA HUMANA Y A SUS CARACTERES ESENCIALES

Ante todo hay que advertir que aquí la palabra *vida* no se emplea en la acepción de biología. Se usa esa expresión en el sentido que tiene en la filosofía contemporánea, que, por cierto, coincide en gran parte con la acepción corriente que tiene este vocablo en el lenguaje habitual y cotidiano, como expresión de lo que somos, de lo que pensamos, sentimos y hacemos, de lo que nos pasa y nos preocupa. La empleamos en el sentido que tiene, verbigracia, en las siguientes frases: “La vida es a veces fácil, pero en ocasiones se torna dificultosa”; “la vida nos plantea muchos problemas que tenemos que resolver”; “cada cual tiene que vivir su propia vida”; “la vida es en algunos momentos alegre y placentera, pero en otros resulta triste y hasta llega a convertirse en pesada carga”; “la vida es dolor y preocupación”; “la vida tiene sus triunfos y sus fracasos”; “la vida nos carga con una serie de responsabilidades”. En suma, el concepto filosófico de “vida humana” coincide con el significado que esta voz tiene en las expresiones que acabo de poner como ejemplo; es decir, con el sentido que tiene como existencia humana, o, lo que es lo mismo, con el sentido referido a lo *biográfico*, según José Ortega y Gasset.

La vida humana, en sentido propio y originario, es la de cada cual, vista desde ella misma; por tanto, es siempre *la mía*, la personal, la individual. Para comodidad del lenguaje la llamamos a veces “nuestra vida”, pero ha de entenderse que con esta expresión se denota la vida de cada cual, y no la de los otros, ni una supuesta vida plural y común, —según atinadamente observa José Ortega y Gasset.

Tratemos de cobrar contacto reflexivo con la realidad de la vida humana. Para ello me inspiraré principalmente en el pensamiento de José Ortega y Gasset quien ha sido el primero en meditar sobre este tema y en esclarecerlo certeramente.³

¿Qué es nuestra vida? Nuestra vida es lo que somos y lo que hacemos, todo lo que nos sucede, todo lo que sentimos, todo lo que nos preocupa, todo lo que hacemos en cada uno de los sucesivos instantes; y, por ende, está compuesta de una serie de sucesos muchos de los cuales —acaso la mayor parte— parecen humildes o triviales. Ciertamente que, a veces, la vida parece tomar tensión, encabritarse, concentrarse, densificarse. Pero tan vida son esos momentos dramáticos, como las horas vulgares.

“Vida es todo lo que hacemos; pero eso no sería vida si no nos diéramos cuenta de que lo hacemos. Es la vida una realidad de peculiarísima condición, que tiene el privilegio de darse cuenta de sí misma. de saberse. Pero este saberse no es un

³ La filosofía de la vida fué iniciada por José Ortega y Gasset con la afirmación hecha ya en 1914, en su libro *Meditaciones del Quijote* de que “yo soy yo y mi circunstancia” y desenvuelta ulteriormente en muchas de sus sucesivas obras (véase: ORTEGA Y GASSET (José), *Obras Completas*, seis tomos, Madrid, 1947. Sobre Ortega y Gasset, véase: RECASÉNS SICHES *Pensamiento Español en el Siglo*, estudio incluido en la obra conjunta de Giorgio DEL VECCHIO, *Filosofía del Derecho*, y Luis Recaséns Siches, *Estudios de Filosofía del Derecho*, tomo II, Parte Histórica. U.T.E.H.A., México, 1946; José Ortega y Gasset: *Algunos temas capitales de su Filosofía*. Diana. N.º 2, México, 1946; MARIAS (Julián), *La filosofía de la razón vital*, Madrid, 1948; y la colección de Estudios sobre José Ortega y Gasset publicada por “Cuadernos Americanos” N.º 1 de 1956 (por Alfonso REYES, José GAOS, Luis RECASÉNS SICHES, etc.), y en vol. aparte.

conocimiento intelectual, sino ese carácter de presencia inmediata de la vida para cada cual. Sentirse, darse cuenta, verse, es el primer atributo de la vida". La vida es, pues, intimidad con nosotros mismos, un saberse y darse cuenta de sí misma, un asistir a sí misma y un tomar posesión de sí misma.

Así pues, el acto vital se presenta como un ser distinto de todos los demás seres: no consiste en un *estar ahí*, en un ser en sí, sino en un *ser para sí*, en un pensarse a sí mismo, a la vez que en un hacerse a sí propio; por ende, consiste en pura agilidad, en dinamismo constante. La vida *es*, pues, en la medida en que su ser activo se presenta a sí propia.

Ahora bien, ¿de qué es que nos damos cuenta? Pues nos damos cuenta a la vez del propio *yo* y del *mundo*, contorno o circunstancia que rodea al yo.

Adviértase, con todo rigor, que la vida humana no es sólo el sujeto, sino la indivisible unión y correlación entre el sujeto y los objetos, entre el yo y el mundo. Vivir es darme cuenta de mí mismo, hallándome en un mundo de cosas, que me sirven o que se me oponen, y de las cuales estoy ocupándome; por tanto, es a la vez darme cuenta de ese mundo de cosas.

A mi vida pertenezco no sólo yo, sino también todas las cosas y seres del universo que están ahí, en derredor de mí, formando mi contorno, mi circunstancia, pero que jamás se funden con el cada cual que uno es, que constituyen lo *otro*, lo ajeno y *fuera* de nosotros, como lo forastero, el *mundo* que nos oprime, comprime y reprime.⁴

El "yo" solo no puede ser; porque yo no sería si no tuviese un mundo de qué ocuparme, si no hubiera cosas que pensar, que sentir, que desear, que repeler, que conservar, que transformar, que utilizar o que destruir. Pero tampoco puedo hablar de un modo presente como algo independiente de mí, porque el yo no es uno de tantos seres que en el mundo haya, sino aquel ser que *da testimonio* de las otras cosas. Para que yo pueda hablar del mundo, es preciso que yo exista *con él*, y no sólo como una parte suya, sino como *garantía de su existencia*. Mundo y yo, yo y mundo, forman una correlación inescindible. Superando a la vez el realismo y el idealismo, nos hemos encontrado con que hombre y mundo son en la vida igualmente reales, no menos primariamente el uno que el otro. "El mundo —dice Ortega y Gasset— es la maraña de asuntos... en que el hombre está, quiera o no enredado, y el hombre es el ser que, quiera o no, se halla consignado a nadar en ese mar de asuntos..."

No se trata en manera alguna de rescindir en el error del idealismo subjetivista, el cual consideraba el mundo como un producto del yo. Por el contrario, está justificado afirmar que el mundo es objetivo, algo que el sujeto halla ante sí, frente a sí; pero algo que tal y como se le presenta depende en alguna medida del sujeto, pues sin sujeto no hay el mundo concreto al que el sujeto se refiere.

"Mi mundo" concreto está constituido por objetos reales, que son probablemente con independencia de mí; pero el número de los objetos que componen mi mundo, la forma y la estructura en que se me parecen, la perspectiva en que se articulan y la significación que tienen para mí, todo eso depende en alguna manera de mi yo concreto.

⁴ Cfr. ORTEGA Y GASSET (José), *El Hombre y la Gente* (Obras Inéditas), Revista de Occidente, Madrid, 1959, pp. 73 y ss.

Cierto que mediante una construcción intelectual —que, desde luego, estará justificada— cabe que nos refiramos a un "mundo en sí", "el mundo", pura y simplemente, el cual comprenda la totalidad de cuanto hay, y sin hallarse limitado ni configurado por la perspectiva del sujeto humano. Pero esa idea de "el mundo total y en sí" es una construcción intelectual, desde luego correcta y justificada, pero no es dato de experiencia. Cada sujeto no tiene ante sí la totalidad del mundo —todos sus objetos— sino algunos de ellos. Así, por ejemplo, en el mundo de los griegos no había microbios ni vitaminas, pues aunque de hecho hubiese esas cosas los griegos no las conocían. Tampoco cada sujeto tiene ante sí "objetos" pura y simplemente, sino objetos relacionados con él, vistos desde su personal perspectiva. El mundo en sí, total, no limitado ni estructurado por ninguna perspectiva singular, sino visto desde todas las perspectivas posibles, no es el mundo que tiene ante sí el yo humano, sino el correlato de la Conciencia Divina.⁵

Así, mi mundo, nuestro mundo, es el conjunto de objetos que tomo en cuenta, con los cuales tengo o tenemos que habérnoslos de alguna manera, para aprovecharlos, utilizarlos, o para transformarlos, o para apartarlos, o para destruirlos. Así, pues, "vivir es encontrarnos en un mundo de cosas, que nos sirven o que se nos oponen, que nos atraen o que repelemos, que amamos o que odiamos; es encontrarnos en un mundo de cosas ocupándonos de ellas". La vida consiste en la comprensión del yo con su mundo, en la coexistencia de mi mundo conmigo, como elementos inseparables, inescindibles, correlativos. Consiste el vivir en el hecho de que el hombre está siempre sumergido en una circunstancia, es decir, en un mundo de objetos que lo circundan, los cuales forman su contorno o su marco concreto, dentro del cual y con el cual tiene que ir elaborando su propia existencia.

Primariamente, es decir, en la relación inicial del hombre con el mundo, con su mundo, éste no se le aparece como una realidad que se componga de *cosas*, o sea de algos que posean un ser por sí y en sí. Por el contrario, su mundo le aparece al yo como un conjunto de facilidades y dificultades, ventajas y desventajas, de instrumentos, utensilios, enseres, medios que sirven —para sus finalidades, aspiraciones o urgencias, o de estorbos, faltas, trabas, limitaciones, privaciones, tropiezos, obstrucciones, escollos, rémoras, obstáculos. Así Ortega y Gasset dice que para el hombre su mundo consiste en un sistema de importancias (es decir, de algos que importan, positiva o negativamente), asuntos o *pragmata*.

Con este hallazgo de la nueva filosofía de la razón vital —de José Ortega y Gasset— coincide la antropología social del eminente profesor inglés S. F. Nadel, quien dice que "los objetos aparecen no sólo como puntos de partida de los procesos mentales, sino como sus puntos finales o metas, de suerte que asumen también, por encima de los acentos 'presentacionales', el de una *exigencia* al yo: la de acatar el estado de cosas, o la de evitarlo, o, en general, la de hacer algo en relación

⁵ Sobre este punto puede consultarse otro libro mío donde trato con mayor extensión de los supuestos y desarrollos de esta doctrina. Véase Luis RECASÉNS SICHES, *Tratado General de Filosofía del Derecho*, Edit. Porrúa, México, 1953, pp. 47-49, 80-82, 248-249, 531-532. Cfr. también SCHELER (Max), *Der Formalismus in der Ethik...* 2ª ed., pp. 384 y ss., 497 y ss., 629 y ss. Sobre la correlación de los objetos con el sujeto, desde otro punto de vista, LUNDBERG (George A.), *Foundations of Sociology*, 1939, cap. I.

con él. El yo se convierte en el asiento de tensiones y apremios, en punto de partida de movimientos o esfuerzos...⁶

Mi mundo, nuestro mundo —advierde Ortega y Gasset—, en cada uno de los instantes de mi vida se compone de unos pocos seres presentes, y de muchísimos latentes. Sólo hemos visto, sólo podemos ver media naranja; pues la otra mitad no aparece, no puede aparecer jamás en nuestra percepción. Puedo ciertamente, dar vueltas alrededor de la naranja o hacerla girar en mi mano; cuando veo su segunda cara me acuerdo de la que vi antes y la sumo a aquélla. La mitad de la naranja que no veo no me es presente; pero sí me es compresente.

Cuando estoy encerrado en mi gabinete de trabajo y con las persianas corridas tan sólo veo éstas, las paredes, el suelo y el techo pero, sin embargo, admitimos o suponemos la existencia de todo el edificio, de la ciudad, del país y del resto del mundo. Todo eso no nos es presente en actualidad, pero nos es compresente, porque una experiencia acumulada nos indica que, a pesar de no hallarse a la vista, existe, y se puede y se tiene que contar con su posible presencia en otro momento. Lo creemos así por virtud del hábito adquirido en haber tenido constancia de ello otras veces. Hemos, pues, de distinguir entre lo que nos es *actualmente* y lo que nos es *habitualmente* —en forma velada, inaparente.

Mi mundo se compone de múltiples y variados seres; pero no todos ellos ocupan un primer plano. Por el contrario, "siempre vemos una cosa destacando sobre otras a que no prestamos atención". Resulta, pues, que mi mundo posee siempre dos términos: la cosa o cosas que vemos con atención, y un trasfondo sobre el cual aquéllas se destacan, es decir, un término lejano al que llamamos *horizonte*, el cual, ciertamente, está ahí, mas lo vemos casi siempre en forma de desatención, porque estamos concentrados en otra cosa que en aquel instante tiene más importancia. El horizonte nos es presente, pero, diríamos, en forma vaga y difuminada. Ahora bien, más allá del horizonte perceptible en un determinado momento, está el resto de nuestro mundo, no presente, antes bien, sólo *latente*.

Mi mundo, nuestro mundo, patente o semipatente —en término de horizonte— constituye lo que solemos llamar el *contorno*, mi contorno en un determinado momento. Pero más allá de esa línea del contorno en cada instante determinado hay una inmensidad latente, un mundo latente que no es ni misterioso ni incapaz de aparecer como presente en un cierto momento, sino que se compone de cosas que hemos visto o podemos ver, bien que no las estemos viendo en ese momento.⁷

La Sociología contemporánea ha llegado a conclusiones similares a las establecidas por la Filosofía de la vida humana en nuestros días. Así, por ejemplo, Kurt Riezler⁸ dice: "Desde el principio y para siempre, el hombre es un hombre en un ambiente o contorno. Este contorno o ambiente es el contorno o ambiente del hombre. El hombre y el contorno están relacionados uno con otro en la unidad de una estructura relacional." Tanto el hombre como su ambiente son variables, así como las relaciones ente ambos son variables también. Todas las cosas humanas son lo que son dentro del marco de esta relación entre el hombre y su contorno.

⁶ Cfr. NADEL (S. F.), *Fundamentos de Antropología Social*, trad. de F. M. Torner, Fondo de Cultura Económica, México, 1955, p. 325.

⁷ Cfr. ORTEGA Y GASSET (José), *El Hombre y la Gente* (Obras Inéditas), Revista de Occidente, Madrid, 1957, pp. 86-91.

⁸ Cfr. RIEZLER (Kurt), *Man: Mutable and Inmutable*, Regnery, Chicago, 1950, p. 4.

Hay una recíproca correlación entre el hombre y su contorno o ambiente. Por lo tanto, no se debe pensar separadamente por un lado los datos humanos, y por otro los datos del ambiente o contorno. Por el contrario, hay que considerar ambos tipos de datos (del hombre y del ambiente o contorno) como recíprocamente relacionados e interdependientes.

El hombre y el ambiente no están referidos el uno al otro como hechos rígidos. Cada uno de los dos posee una cierta flexibilidad más allá de los límites que presente en un cierto momento. Ambos están recíprocamente relacionados no sólo en cuanto lo que cada uno es efectivamente en un determinado instante, sino también en cuanto a sus potencialidades. "El hombre es —dice Riezler— lo que él puede hacer", claro que debiera añadirse que eso lo es potencialmente, y que de hecho es lo que hace, es decir, la realización de la potencialidad que elige ser, desdénando las otras potencialidades.

Obsérvese además que la relación entre el hombre y su ambiente o contorno lleva siempre consigo el hecho de que el hombre toma una actitud frente a cada una de las diversas cosas que halla en su contorno, esto es, en su mundo. En efecto, frente a los objetos varios adopta actitudes de interés o de fastidio, de cuidado o de descuido, de aprovechamiento o de rechazo, de conservación o de destrucción, o de transformación; y respecto de los objetos que son otros sujetos, es decir, respecto de los otros seres humanos, adopta además actitudes de amor u odio, de amistad, de simpatía o antipatía, etc.

3.—LA VIDA HUMANA TIENE QUE HACERSE A SI MISMA

La vida humana no es una cosa que tenga su ser ya hecho, terminado, completo, como, por ejemplo, la piedra; ni es tampoco un objeto con trayectoria predeterminada, como la órbita del astro, o el desarrollo del ciclo vegetativo de la planta, o la conducta instintiva del animal. Es todo lo contrario; es algo completamente diverso: es un *hacerse a sí misma*, porque la vida no nos es dada hecha; es tarea; tenemos que hacérsola en cada instante. En cada momento, la vida se halla en la forzosidad de resolver el problema de sí misma.

"Al hombre le es dada la forzosidad de tener que estar haciendo siempre algo, so pena de sucumbir, mas no lo es, de antemano y de una vez para siempre, presente lo que tiene que hacer."⁹

Vivimos en una circunstancia, contorno o mundo determinado, limitado; pero no nos hallamos insertos en él como lo está el tornillo en su tuerca o el clavo metido en la madera; antes bien, por el contrario, nuestra inserción en ese mundo es relativamente suelta, con un cierto margen de holgura —mayor o menor, pero siempre en alguna medida—, es decir, ante una pluralidad determinada y concreta de posibilidades vitales, ante un cierto número de caminos a seguir o de cosas que hacer. Estas posibilidades se dan siempre en número plural; pues incluso la vida que imaginemos como más estrecha y angustiosa en un determinado momento, que pareciera ofrecer nada más que una senda, no contendría una sola posibilidad, sino dos: la de aceptar ese destino y la de evadirnos de la existencia.

⁹ Cfr. ORTEGA Y GASSET (José), *El Hombre y la Gente* (Obras Inéditas), Revista de Occidente, Madrid, 1959, p. 66.

"El hombre, cada hombre, tiene que decidir en cada instante lo que va a hacer, lo que va a ser en el siguiente. Esta decisión es intransferible: nadie puede sustituirme en la faena de decidirme, de decidir mi vida. Cuando me pongo en manos de otro, soy yo quien ha decidido y sigue decidiendo que él me dirija: no transfiero, pues, la decisión, sino tan sólo su mecanismo. En vez de obtener la norma de conducta del mecanismo que es mi inteligencia, me aprovecho del mecanismo de la inteligencia de otro".¹⁰

La vida es siempre un hacer algo concreto, positivo o negativo, pues si bien cabe eso que se llama no hacer nada, eso en definitiva también es un hacer vital, es un decidirse por una de las posibilidades que el contorno ofrece, por la no actividad y por dejarse llevar por la corriente.

El hacer vital consiste en un determinar qué voy a ser, qué voy a hacer en el próximo instante; por tanto empieza por ser lo que aún no soy, empieza por ser futuro, en ocuparme de lo que he de hacer, o lo que es lo mismo, en pre-ocuparme.

A veces, con frecuencia, parece que el hombre no decide en cada instante lo que va a ser, lo que va a hacer en el momento siguiente, sino que, por el contrario, parece que sigue una trayectoria prefijada con más larga anterioridad y no decidida inmediatamente antes. Esto es verdad; pero esto no contradice la observación que se ha hecho aquí de que el hombre tiene que decidir lo que va a hacer en el momento venidero. No contradice aquella observación, porque, en tales casos, lo que sucede es que el hombre tomó una decisión no para el momento inmediatamente próximo, sino para más tarde, por ejemplo, hoy decide lo que va a hacer mañana, o a fines de la semana próxima cuando se enfrente con un problema que anticipa mentalmente; o, en otros casos, acontece que el hombre toma una decisión no sólo respecto de lo que va a hacer en seguida por una vez, sino respecto de una conducta que va a repetirse muchas veces o incluso un sinnúmero indefinido de veces; por ejemplo, el estudiante decide a comienzos de curso que va a asistir a todas las clases, o un comerciante en un momento crucial de su existencia resuelve que va a llevar sus negocios siempre con honradez. Advuértase, sin embargo, que ninguna de esas decisiones, ni las tomadas con anticipación, ni las tomadas con un propósito de validez o aplicación repetida, constituye una resolución irrevocable. Por el contrario, esas decisiones anteriores pueden ser modificadas en cualquier momento, no tienen nada de absolutamente inexorable. Consiguientemente, si el sujeto no modifica o rectifica una decisión tomada con anterioridad, tácitamente la está ratificando, la está manteniendo o corroborando.

Frecuentemente también la repetida puesta en práctica de una decisión origina un *hábito*, una forma mecanizada de conducta. La pregunta de hasta qué punto sea posible y cómo sea posible romper un hábito plantea un problema de otra índole, a saber: el problema de las condiciones y las limitaciones que los mecanismos biológicos y psíquicos concretos ponen al ámbito de lo elegible para un sujeto, esto es, al campo de las posibilidades concretas que la vida le depara, y entre las cuales tiene que escoger en cada uno de los momentos de su existencia. Puede suceder que una conducta que en un inicio fué el resultado de una libre elección de la persona, la ser repetida innumeradas veces se mecanizó, se automatizó, se con-

¹⁰ Cfr. ORTEGA Y GASSET (José), *Obras Completas*, Madrid, 1947, tomo V, p. 23.

virtió en un hábito, que se desenvuelve por sí mismo, hasta el punto de que para romperlo sea necesario contar con energía y habilidad especiales.

4.—CAPACIDAD DE ENSIMISMAMIENTO Y CAPACIDAD DE PROYECCION AL EXTERIOR

El animal vive siempre pendiente de las cosas y de los hechos que están en su derredor. Si queremos hallar las diferencias entre el hombre y el animal, Ortega y Gasset dice que para esto lo mejor es buscar la comparación con el simio, pues "el pájaro y el crustáceo son formas de vida demasiado distantes de la nuestra para que, al confrontarnos con ellos, percibamos otra cosa que diferencias gruesas abstractas, vagas de puro excesivas. Pero el simio se parece tanto a nosotros, que nos invita a afinar el parangón...". Los simios están "constantemente alerta, en perpetua inquietud, mirando, oyendo todas las señales que les llegan de su derredor, atentos, sin descanso, al contorno, como temiendo que de él llegue siempre un peligro al que es forzoso responder automáticamente con la fuga o con el mordisco, el mecánico disparo de un reflejo muscular. La bestia, en efecto, vive en perpetuo miedo del mundo, y a la vez en perpetuo apetito de las cosas que en él hay y que en él aparecen... Son los objetos y acaecimientos del contorno quienes gobiernan la vida del animal, le traen y le llevan como una marioneta. El animal no rige su existencia, no vive desde *sí mismo*, sino que está siempre atento a lo que pasa fuera de él, a lo *otro* que él... vive siempre alterado, enajenado;... su vida es constitutiva alteración".¹¹

Por el contrario, al hombre le sucede algo por entero diferente. Ciertamente el hombre, lo mismo que el animal, se halla prisionero del mundo, cercado de cosas que le espantan, de cosas que le encantan, obligado de por vida, inexorablemente, quiera o no, a ocuparse de ellas. "Pero con esta diferencia esencial: que el hombre puede, de cuando en cuando, suspender su ocupación directa con las cosas, desasirse de su derredor, desentenderse de él, y sometiendo su facultad de atender a una torsión radical—incomprensible zoológicamente—, volverse, por decirlo así, de espaldas al mundo y meterse dentro de sí, atender a su propia intimidad o, lo que es igual, ocuparse de sí mismo y no de lo *otro*, de las cosas. Pensar, meditar... El poder que el hombre tiene de retirarse virtual y provisoriamente del mundo, y meterse dentro de sí, o dicho con un espléndido vocablo: que el hombre puede *ensimismarse*". "El mundo es la total exterioridad, el absoluto fuera, que no consiente ningún fuera más allá de él. El único fuera de ese *fuera* que cabe es, precisamente, un *dentro*, un *intus*, la intimidad del hombre, su *sí mismo* que está constituido principalmente por ideas... "Esa atención hacia dentro, que es el ensimismamiento, es el hecho más antinatural, más ultrabiológico... Son tres momentos diferentes que se repiten a lo largo de la historia humana en forma cada vez más complejas y densas: 1º, el hombre se siente perdido, naufrago en las cosas; es la *alteración*; 2º, el hombre, con un enérgico esfuerzo se retira a su intimidad para formarse ideas sobre las cosas y su posible dominación; es el *ensimismamiento*, la *vida contemplativa*... la *theoria*; 3º, el hombre vuelve a su-

¹¹ ORTEGA Y GASSET (José), *El Hombre y la Gente* (Obras inéditas). Revista de Occidente, Madrid, 1957, pp. 36-49.

mergirse en el mundo para actuar en él conforme a un plan preconcebido; es la *acción*, la *vida activa*, la *praxis*.

"El destino del hombre es, pues, primariamente *acción*. No vivimos para pensar, sino al revés: pensamos para lograr pervivir." Ahora bien, "acción no es cualquier andar a golpes con las cosas en torno o con los hombres: eso es lo *infrahumano*, eso es *alteración*. La *acción* es actuar sobre el contorno de las cosas materiales o de los hombres, conforme a un plan preconcebido en una previa contemplación o pensamiento. No hay, pues, acción auténtica si no hay pensamiento; y no hay auténtico pensamiento, si éste no va debidamente requerido a la acción, y virilizado por su relación con ésta".

El ensimismamiento como categoría filosófica para definir esencialmente lo humano ha sido descubierta por José Ortega y Gasset. Pero una vez nos sorprende muy agradablemente la coincidencia entre las verdades de la nueva filosofía y los hallazgos de lo mejor de la ciencia empírica actual. El gran psicólogo Erich Fromm dice que "podemos definir al hombre como el animal que puede decir *yo*, que puede tener conciencia de sí mismo como entidad independiente. El animal, por estar dentro de la naturaleza sin trascenderla, no tiene conciencia de sí mismo, no necesita un sentimiento de identidad. El hombre, apartado de la naturaleza, dotado de razón y de imaginación, necesita formarse concepto de sí mismo, necesita decir y sentir: *yo soy yo*. ... y tiene que ser capaz de sentirse a sí mismo como sujeto de sus acciones".¹²

5.—VARIEDAD DE OBJETOS EN EL MUNDO EN QUE VIVIMOS

Nótese cuán rica es la variedad de cosas que hallamos en el mundo en que vivimos. Esa variedad es muy grande incluso para el primitivo que nunca se movió de su lugar natal. Es muchísimo más rica para el hombre culto en una civilización avanzada.

En el mundo en que vivo hallo, entre muchas otras cosas: árboles, montañas, estrellas, lluvias, colores, formas geométricas, deseos, amores, dolores de muelas, sentimientos religiosos, leyendas, números, ideas morales, oraciones, automóviles, códigos, etc. Hallo también a mis prójimos, a los otros seres humanos y a sus obras. Y me encuentro también a mí mismo, a mi yo, que tiene que vivir entre y con todas las demás cosas, así como con los otros sujetos humanos.

Para introducir algún orden, aunque sea nada más que elemental y provisional sin pretensiones de exhaustivo, cabe decir que me encuentro con: cosas reales externas de carácter físico inorgánico, como las montañas y los astros y los fenómenos meteorológicos; cosas reales externas de índole orgánica, como plantas y animales; hechos que se dan en mi intimidad, fenómenos psíquicos como una preocupación, un amor, un deseo, un pensamiento; cosas fantásticas forjadas por la imaginación, como el centauro; entes ideales como el triángulo; nuestros prójimos, unos conocidos y otros desconocidos, unos amigos y otros enemigos; obras o resultados de la acción humana, como utensilios, códigos, estatuas, cuadros, poemas, instituciones sociales, como el Estado, la universidad; el presentimiento o la fe o la convicción

¹² Cfr. FROMM (Erich), *Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea*, 2ª ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1958, p. 57.

en realidades trascendentes, como la de Dios, la otra vida, la inmortalidad, etc. Y el hombre se encuentra consigo mismo, como sujeto, esto es, con su propio yo, y se encuentra además con su persona que es la realidad integral de su propio ser.¹³

6.—LA INTERPRETACION SOCIAL DEL MUNDO COMO INGREDIENTE DE LA VIDA HUMANA

Observa Ortega y Gasset que el hombre para resolver el problema de su propia vida, para decidir lo que va a hacer, lo que va a ser, para elegir entre las varias rutas que le ofrece el mundo en que vive, no tiene más remedio que esforzarse en conocer, mejor o peor, las cosas entre las cuales vive, las cuales son las que determinan el ámbito de las posibilidades que el contorno depara a su propia existencia. Necesita hacerse una idea, más o menos cabal, más o menos correcta, pero en todo caso una interpretación al menos para su propio uso de lo que es la circunstancia, contorno o mundo en que vive. Ahora bien, sucede que al encontrarnos viviendo nos encontramos no sólo en la tierra con las cosas de ésta, sino que nos encontramos también en la sociedad, nos hallamos entre los otros hombres.

En esos otros hombres entre los cuales caemos al llegar a la vida, especialmente los de mayor edad, tienen y utilizan ya una interpretación del mundo en torno, tienen ya algunas ideas sobre las cosas que están a nuestro alrededor. Esa interpretación o esas ideas constituyen lo que suele llamarse "el pensamiento de nuestra época en la sociedad en que vivimos". Entonces resulta que ese "pensamiento" de los demás entra a formar parte de nuestra circunstancia, de nuestro contorno, nos envuelve, nos penetra y nos lleva. Uno de los componentes del mundo en que vivimos es el conjunto de convicciones ambientales con que nos encontramos. Sucede que, sin darnos cuenta, nos hallamos instalados en esa red de soluciones ya hechas para muchos de los problemas de nuestra vida. Desde nuestro nacimiento, ejecutamos un esfuerzo constante de recepción, de absorción, en la convivencia familiar, en la escuela, en el trato social, en la lectura, de esas ideas ajenas, las más de ellas convicciones colectivas, las cuales de ese modo van penetrando en nosotros frecuentemente antes de que hayamos sentido auténticamente los problemas de los cuales tales ideas quieren ser solución. Y, a menudo, acontece que cuando brota en nosotros genuinamente la efectiva angustia ante un problema vital, y queremos de veras hallar su solución, no sólo tenemos que luchar con ese problema, sino que nos encontramos presos en las soluciones recibidas del prójimo y tenemos que luchar también con éstas.

7.—EL HOMBRE PUEDE ANTICIPAR MENTALMENTE EL FUTURO. EL LENGUAJE. LOS SIMBOLOS

El hombre puede anticipar mentalmente el futuro. Puede anticiparlo mediante su imaginación, porque su mundo es para él un mundo de objetos cognoscibles; y precisamente en gran parte trata de conocerlos, para poder saber a que atenerse respecto de ellos, para prever lo que de ellos puede esperarse, para aprovecharlos o es-

¹³ Cfr. RECASÉNS SICHES (Luís), *Tratado General de Filosofía del Derecho*. Editorial Porúa, México, 1959, pp. 135-141.

quivarlos. Puede también anticipar el futuro, porque es capaz de comunicación con los demás hombres en términos del lenguaje, por tanto, en términos objetivados, y aprender de ellos sobre sus experiencias, así como sobre las experiencias de las gentes anteriores.

Esta capacidad de anticipar mentalmente el futuro dota al hombre de enormes poderes, en comparación, por ejemplo, con los animales. Pero, a la vez, esa capacidad le proporciona también muchos quebraderos de cabeza, inquietudes y dolores.

En efecto, porque el hombre es capaz de pensar en el futuro, no sólo en el futuro próximo, sino también lejano, el hombre tiene conocimiento de que ha de morir. También siente la angustia de la amenaza de peligros remotos, es decir, que no han asomado aún, pero los cuales él imagina como posibles o probables en un futuro. Vive no sólo en un mundo de cosas y de hechos de la naturaleza, sino también en un mundo de representaciones simbólicas de esas cosas y de esos hechos, así como en un mundo de ideas. Cuando esas representaciones simbólicas predominan, por encima de lo que perciben sus sentidos en el presente, se siente a veces desgarrado y preocupado por peligros que imagina —certera o equivocadamente.

A este respecto observa el profesor Arnold Green¹⁴ que un reno percibe a un lobo como un peligro por la patente conducta de éste, por su gruñido, y por su pelambre levantada. Hasta cierto punto, el significado de la amenaza presente puede haberse formado por las experiencias pasadas del reno. Sin embargo, el reno no percibe ni puede percibir el mundo en derredor suyo a través de una pantalla de estereotipos lingüísticos. Por el contrario, el hombre se forma una idea del mundo mediante el lenguaje. En efecto, el hombre puede percibir una amenaza incluso cuando no puede verla, oír-la u olfatearla.

Puede decirse que el hombre no vive simplemente en un mundo de otros seres humanos, sin más, que puedan presentársele según los diversos casos como amenazantes o como amistosos, sino que vive en un mundo de creyentes, ateos, herejes, comunistas, capitalistas, obreros organizados, gentes privilegiadas, naciones amigas y naciones enemigas.

El hombre puede percibir también amenazándole en el futuro —no oteable con los sentidos— la muerte, la consunción por hambre, la enfermedad, y miles de peligros para su modo de vivir, dioses airados, y horripilantes trasgos.

El lenguaje —a través del cual se anticipan sus peligros— no sólo esclaviza en ese sentido al hombre, sino que lo hace el más "inhumano" de todos los seres. Sólo el hombre tortura y mata a sus semejantes por razón de que, en su imaginación, constituyen una amenaza para preciosas representaciones simbólicas.

Ahora bien, las representaciones simbólicas en la mente, positivas o negativas, no son irreales. Por el contrario, son el meollo mismo de la mente del hombre y de la sociedad. Sucede que el hombre no vive tanto pura y simplemente entre otros hombres, sino que vive más bien con otras personas calificadas como padre, hermano, amigo, adversario, defensores y enemigos de la humanidad; y vive bajo el deber, la fidelidad, la lealtad, el prejuicio, el amor y el odio. Solamente el hombre puede definir esos conceptos para sí mismo. Un joven puede estar intrigado sobre si una muchacha está enamorada de él o simplemente "enamorada del amor"; y es obvio

¹⁴ Cfr. GREEN (Arnold W.), *Sociology: An Analysis of Life in Modern Society*, MacGraw-Hill, Nueva York, 1952, pp. 71 y ss.

que no puede trazarse una distinción tajante entre las dos cosas. Sucede en verdad que nuestras emociones y las palabras que usamos para expresarlas están ligadas recíprocamente. Nuestros conceptos verbales no sólo expresan una emoción, sino que además la canalizan y la fortifican.¹⁵

8.—INGREDIENTES DE LA "PERSONALIDAD" CONCRETA INDIVIDUAL DEL HOMBRE

La personalidad concreta de cada individuo humano constituye el resultado de la íntima combinación de múltiples y muy variados ingredientes, entre los que figuran los mencionados a continuación:

A) *Factores biológicos "constitucionales"* como: los factores genéticos (genes, cromosomas, etc.); los ingredientes químicos determinados por las glándulas de secreción interna (tiroides, suprarrenales, pituitaria o hipófisis, timo, sexuales); estatura; pigmentación; tipos somáticos (por ejemplo, tipo respiratorio, o tipo digestivo, o tipo muscular, o tipo cerebral); acuidades o deficiencias visuales, auditivas, táctiles, olfativas, etc.; degeneraciones heredadas; etc.

B) *Grado de desarrollo biológico*, v. gr., la edad.

C) *Condiciones, componentes y factores biológicos adquiridos*, como por ejemplo: los efectos de alimentación (ora excesiva pero equilibrada, ora completa y equilibrada, ora equilibrada pero insuficiente, ora incompleta pero abundante, ora incompleta y escasa); los efectos de determinadas bebidas intoxicantes; los efectos de ciertas drogas; los efectos del entrenamiento físico; los efectos del sedentarismo; los efectos de los diversos climas sobre el organismo; las enfermedades contraídas; etc.

D) *Condiciones y factores psíquicos "constitucionales"*, como por ejemplo: el carácter frío o apasionado, nervioso o tranquilo; extroversión o intraversión (hasta donde esos tipos no sean adquiridos por la influencia del medio social ambiente o por la educación); capacidades y talentos innatos; deficiencias y limitaciones innatas; los instintos, en la muy pequeña cantidad en que éstos existen; los varios "tipos psíquicos" constitucionales de temperamento, tal y como han sido clasificadas por Kretschmer, Jung, Sheldon y otros.¹⁶

E) *Condiciones y factores psíquicos adquiridos*, como por ejemplo: los hábitos, formas mecanizadas o automatizadas de conducta que se han ido constituyendo bajo la influencia de factores varios, por inicial decisión voluntaria, bajo la presión del ambiente social, por educación, por la presión de ciertas necesidades, etc.; aptitudes y habilidades desarrolladas por entrenamiento y ejercicio; deseos estimulados por

¹⁵ Cfr. GREEN, *ob. cit.* en la nota precedente, p. 72.

¹⁶ Las aludidas clasificaciones incluyen a la vez notas físicas y notas psíquicas. Kretschmer señala los siguientes tipos: a) *piénico-ciclotímico* (braquicéfalo, corta estatura, obeso: inestable emocionalmente, sociable, tranquilo, etc.); b) *asténico-esquizotímico* (dolicocefalo, alto, delgado: con sentido de su individualidad, emotivo, desdenoso, arrogante, concentrado, etc.); c) *atlético*, que es una variante del asténico (erguido, muscular, con rasgos mentales parecidos a los del esquizotímico. Jung se refiere a dos tipos: el *introvertido* (introspectivo, sensitivo, sincero, radical, engraido, ensimismado) y el *extrovertido* (no autoanalítico, no suspicaz, despreocupado, cuidadoso de no lastimar a los demás, tendiente al compromiso, activo). Sheldon ha descrito tres tipos somático-psíquicos: 1) *endomórfico-viscerotónico* (predominio del aparato digestivo, de reacciones lentas, comodón, sensual, amistoso, expresivo, sincero); 2) *mesomorfo-somatotónico* (huesudo, musculoso, duro: decidido, aventurero, valiente, enérgico, activo, dominante, desconsiderado, rudo); 3) *ectomorfo-cerebrótico* (esbelto, fino, de intestino delgado, ligero: super-sensible, introvertido, ensimismado, de reacciones rápidas e intensas, solitario, tímido, original).

determinadas urgencias y también por el contorno social; reacciones, afanes, deseos suscitados por el trato con otros seres humanos (amor, odio, resentimiento, simpatía, antipatía, emulación, superación, etc.); constelaciones y procesos psíquicos subconscientes o inconscientes, pero que influyen sobre la vida consciente, los cuales son accesibles al estudio psicoanalítico; los efectos de las experiencias vitales.

F) Componentes y factores sociales y culturales, por ejemplo: todo lo que el sujeto ha aprendido de los demás seres humanos, tanto de los otros individuos con quienes ha estado en contacto directo (padres, hermanos, compañeros, convecinos, etc.), como lo que a través de éstos ha aprendido de las convicciones, creencias y opiniones preponderantes en los grupos a los que pertenece, como también de las generaciones pasadas, mediante el proceso social de transmisión de la cultura; todas las presiones que manan de las convicciones colectivas vigentes, de las costumbres, de los usos, presiones que determinan en el individuo una adaptación mayor o menor a esas reglas sociales de comportamiento; las necesidades suscitadas por contagio o por imitación dentro de un cierto grupo social, las cuales el individuo no sentiría fuera de ese ambiente colectivo, pero las cuales experimenta fuertemente dentro de él; la estandarización de muchas de sus respuestas a determinadas situaciones o a determinados hechos, estandarización que ha sido modelada por factores sociales (p. e., en nuestra sociedad todo el mundo come tres veces al día, y una de ellas alrededor del medio día); la profesión o el oficio, que son carreras o trayectorias que han sido trazadas y establecidas socialmente, algo así como rutas socialmente predeterminadas; la clase social a que se pertenece, hecho que determina ciertas formas especiales de conducta (p. e., comportarse como un "caballero", o como un gañán); la fe religiosa que se profese; las convicciones políticas que se tenga; el hecho de pertenecer a una gran nación, cargada de glorias en el pretérito, y cargada de responsabilidades de largo alcance en el presente, o a una nación pequeña que no actúa como protagonista en los acontecimientos históricos, o a una tribu primitiva; el hecho de tener como lengua materna un idioma meramente vernáculo, o un idioma que es vehículo de comunicación universal en el mundo de alta cultura, como el español, el inglés, el francés, o el alemán; la posición económica, de excesivo alcance (que abre posibilidades enormes, pero que al mismo tiempo puede embotar las iniciativas y suscitar todos los vicios que florecen en la ociosidad), desahogada, término medio, modesta (que puede ser un estímulo muy fecundo), pobre, o indigente, las responsabilidades familiares (como padre, o como hijo menor de quien cuidan sus padres, o como hijo que debe subvenir a las necesidades de su madre viuda y de sus hermanos, etc.); el hecho de tener muchos amigos o pocos; el hecho de pertenecer a una sociedad rural, a una pequeña ciudad tradicional, o a una gran urbe; el hecho de pertenecer a una sociedad continental o a una sociedad insular, por los diferentes tipos de problemas colectivos que una u otra plantean (por ejemplo, en la defensa, en la cooperación con otros pueblos); el hecho de pertenecer a una comunidad costera (que, por ejemplo, esté situada en las grandes rutas de comunicación marítima) o a una comunidad situada tierra adentro, ora ubicada en las grandes rutas de intercambio civilizatorio (como Suiza) o alejada de ellas; y tantos y tantos otros hechos y factores socio-culturales, que intervienen en la personalidad del individuo.¹⁷

¹⁷ Véase: MURRAY (Henry A.), & KLUCKHOHN (Clyde), *Outline of a Conception of Personality* en el libro *Personality in Nature, Society and Culture*, edited by Clyde KLUCKHOHN

Esta enunciación de algunos de los ejemplos de los muchos y muy variados componentes de la personalidad concreta del individuo, enunciación que es muy resumida y que dista mucho de ser completa, da idea de hasta que punto la personalidad humana es superlativamente complicada.

9.—UNIDAD EMPIRICA DE LA "PERSONALIDAD" INDIVIDUAL

Adviértase, sin embargo, que en toda personalidad esa complejidad de variados y heterogéneos ingredientes se da formulando una relativa organización unitaria; o, dicho con otras palabras, el resultado de esos múltiples y variados factores presenta una cierta unidad. Presenta una unidad de resultado, al menos relativa.

Aparte de eso, hay además la unidad racial del "yo", la identidad de éste a través de todas las vicisitudes varias por la que pase el desarrollo de la persona individual. Pero del yo, y de su unidad, me ocuparé más adelante en este capítulo.

Ahora, aquí se trata de mostrar que todos los varios factores componentes de la personalidad individual se hallan integrados entre sí formando una cierta organización. Sucede, sin embargo, que muchas veces algunos de los procesos integradores de esos componentes se dan ocultos, más allá del alcance de la introspección, por ser inconscientes, o porque el individuo no tiene suficiente aptitud para proceder al análisis de muchos ingredientes que son el efecto de factores externos.

La personalidad concreta del individuo es una especie de totalidad relativamente organizada de esos múltiples componentes o factores, pero no es una totalidad ya hecha, no es una cosa estática, sino que por el contrario es una totalidad *dinámica*, siempre en proceso cambiante, más o menos, pero indefectiblemente en movimiento.

La relativa unidad de la personalidad es algo que se está realizando en cada *acto* entre los componentes que intervienen en aquel acto, y además es algo que se va realizando *sucesivamente* entre una serie de actos. Es decir, la personalidad presenta un cierto grado de unidad o de totalidad organizada en cada una de sus operaciones funcionales, y además presenta un cierto grado de unidad o de totalidad organizada en su desenvolvimiento progresivo hacia determinadas metas, a través de largo tiempo o incluso de la vida entera.

La personalidad individual es una especie de *continuo dinámico*. Se puede, en principio, intentar descubrir los factores actuantes, la organización de éstos y su resultado en la personalidad de un individuo en un cierto momento. Pero lo que sea verdad respecto de ese momento, puede ya no serlo respecto de otro momento.

Adviértase que en la personalidad hay componentes constantes, por ejemplo, los constitucionales biológicos y psíquicos, así como también la unidad del yo, pero hay muchos otros componentes que pueden variar, como son los factores adquiridos,

& Henry A. MURRAY, Knopf, Nueva York, 1950; CATTELL (Raymond B.), *Personality: A Systematic Theoretical and Factual Study*, McGraw-Hill, Nueva York, 1950; MEAD (Margaret), *Cultural Discontinuities and Personality Transformation*, Assoc. Press, Nueva York, 1954; WEBER (Alfred), *Geistige Einordnung der Soziologie, in Einführung in die Soziologie*, herausgegeben von Alfred WEBER, Piper, Munich, 1955; BORCH (Herbert von), *Grundlagen der Geschichtssoziologie, in Einführung in die Soziologie*, herausgegeben von Alfred WEBER, Piper, Munich, 1955; ALLPORT (G. W.), *Becoming: Basic Considerations for a Psychology of Personality*, Yale Univ. Press, 1955; HALL (Calvin S.), & LINDZEY (Gardner), *Theories of Personality*, Nueva York, 1957; ARGYRIS (Chris), *Personality and Organization: The Conflict between System and the Individual*, Harper, Nueva York, 1957; THORPE (Louis P.), *Personality: An Interdisciplinary Approach*, Van Nostrand, Princeton, 1958.

tanto somáticos como mentales, y también y sobre todo los factores sociales y culturales. Así como también varían los modos de integración o combinación entre esos factores, por ejemplo, la aceptación o repulsa que el sujeto haga de determinadas presiones colectivas, la prosecución sucesiva en la práctica de un hábito, o la decisión de hacer todo lo posible para romperlo, el cambio de opinión, el cambio de actitud producido bien por la acción de factores culturales o sociales, o bien por decisión individual deliberada y voluntaria.

10.—EL YO Y LA CIRCUNSTANCIA

El somero análisis ofrecido aquí de la personalidad concreta del individuo —análisis que recoge en términos breves los resultados de los mejores y últimos estudios antropológicos, biológicos, psicológicos y sociológicos—,¹⁸ viene a confirmar lo apuntado por José Ortega y Gasset¹⁹ hace treinta y un años cuando dijo: "Yo soy yo y mi circunstancia." En efecto, hemos observado cómo los componentes de la circunstancia, del contorno, se entretrejen con mi propio yo, y pasan a formar parte de mi propia personalidad individual, interviniendo en la organización de ésta, y pasan de ese modo a integrar mi propia personalidad.

Ahora bien, adviértase que en esa frase de Ortega aparece dos veces la palabra "yo", y que esta palabra tiene significados diferentes la primera y la segunda vez. La primera vez, cuando dice "yo soy", el vocablo "yo" significa "mi personalidad", la cual comprende la circunstancia como uno de sus componentes. En cambio, la segunda vez, cuando dice "yo soy y mi circunstancia" aquí el pronombre "yo" expresa la unidad radical e invariable de un sujeto, expresa uno de los componentes de la humana existencia, a saber, el *sujeto* que coexiste con los objetos, los cuales están indisolublemente asociados con él mismo, y cuyo conjunto es lo que se llama mi contorno, circunstancia o mundo. La primera vez la palabra "yo" expresa algo que consta de dos ingredientes, yo mismo y mi circunstancia. La segunda vez, en cambio, la palabra "yo" denota solamente uno de esos dos ingredientes, a saber,

¹⁸ Cfr. *ob. cit.* en la nota precedente; LINTON (Ralph), *The Cultural Background of Personality*, Appleton, Nueva York, 1945; SOROKIN (Pitirim A.), *Society, Culture and Personality: Their Structure and Dynamics*, Harper, Nueva York, 1947; MURPHY (Gardner), *Personality: A Biosocial Approach to Origins and Structure*, Harper, Nueva York, 1947; ASCH (Solomon), *Social Psychology*, Prentice Hall, Nueva York, 1952; SARGENT (S. Stansfeld), *Social Psychology: An Integrative Interpretation*, Ronald Press, Nueva York, 1950; KATZ (Daniel) & SCHANCK (Richard L.), *Social Psychology*, Wiley, Nueva York, 1945; FARIS (Ellsworth), *The Nature of Human Nature and Other Essays in Social Psychology*, McGraw-Hill, Nueva York, 1937; BECKER (H.), GILLIN (J.), HALLOWELL (A. I.), MURDOCK (G. P.), NEWCOMB (T. M.), PARSONS (T.), SMITH (M. B.), *For a Science of Man: Convergences in Anthropology, Psychology and Sociology*, MacMillan, Nueva York, 1954; PLESSNER (H.), *Die Stufen des Organischen, und der Mensch*, Leipzig, 1928; GROETHHEUYSSEN (B.), *Philosophische Anthropologie*, 1931; LANDSBERG (P. L.), *Einteilung in die philosophische Anthropologie*, 1934; SOMBART (W.), *Vom Menschen: Versuch einer geisteswissenschaftlichen Anthropologie*, 1938; HABERLIN (Paul), *Der Mensch*, Zurich, 1941; TOURNIER (Paul), *Aus der Vereinsamung zur Gemeinschaft*, Basilea, 1944; RAMOS (Samuel), *Hacia un Nuevo Humanismo: Programa de una Antropología Filosófica*, Fondo de Cult. Econ., México, 1940; ROBLES (Oswaldo), *Esquema de Antropología Filosófica: Ensayo acerca de las relaciones entre el Espíritu y el Cuerpo*, México, 1942; ROURA-PARELLA (Juan), *Tema y Variaciones de la Personalidad*, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional, México, 1950; VITA (Luis Washington), *Problemas da Personalidade*, en su libro *O Mito de Hefestos*, Ciesp, Sao Paulo, 1959, pp. 225-255.

¹⁹ En su libro "Meditaciones del Quijote"; véase *Obras completas*, Madrid, 1947, tomo I.

yo mismo, como distinto de la circunstancia con la cual convivo y que se me mete dentro de mí o que se combina conmigo. Esta segunda acepción es, por lo tanto, en comparación con la primera, más restringida; expresa solamente uno de los componentes de la primera, a saber, apunta al yo como mero sujeto. En la primera acepción significa la suma o integración del sujeto con su circunstancia o contorno; en la segunda acepción significa solamente el sujeto.

11.—EL YO DEL HOMBRE

Hay que preguntar ahora qué sea eso del yo como sujeto, cuál sea el sentido que tenga la palabra "yo" en la segunda acepción, es decir, como mero sujeto, como el sujeto que se integra con su circunstancia y que al combinarse con ésta produce su propia personalidad.

En esa acepción se llama "yo" el sujeto que vive y tiene que vivir con todas las cosas que pertenecen a su circunstancia o contorno, cosas entre las cuales figuran, en primer lugar, su propio cuerpo y su propia alma, y también su mundo social, y más allá su mundo físico.²⁰

El yo no es el cuerpo, ni tampoco es la psique (es decir, los resortes anímicos concretos, de percepción, apercpción, abstracción, representación, memoria, inteligencia, sentimiento, carácter, tendencias, impulsos, voluntad, etc.). El propio cuerpo y la propia psique forman parte del contorno o circunstancia que envuelve al sujeto e integra la personalidad concreta de éste. Son el propio cuerpo y la propia psique las envolturas más próximas del sujeto, son componentes que, entretreídos, forman parte de su personalidad, junto con otros factores, por ejemplo, con factores sociales y culturales que se integran con ellos. Cada sujeto tiene que vivir con las realidades de su propio cuerpo, de su propia psique y mediante ellas. El yo es el sujeto que tiene que vivir con las cosas y entre las cosas, de las cuales hay unas, su psique y su cuerpo, que le son superlativamente próximas, ingredientes necesarios de su personalidad, envolturas que le acompañan siempre inseparablemente.

Se comprenderá que "yo" no soy mi cuerpo, al advertir que en ocasiones contrapongo mi yo al cuerpo que poseo: desearía que éste tuviese músculos más vigorosos, mayor resistencia para los catarros. Ciertamente que tengo que vivir con ese cuerpo, que no puedo eludir, del cual no puedo escaparme; pero la raíz íntima de mi yo no se identifica con el soma que me envuelve y que a la vez penetra en mi personalidad, la condiciona y la influye. En fin de cuentas, desde hace siglos se ha considerado el cuerpo como algo distinto del "yo", aunque se halle íntimamente unido a él y aunque ejerza sobre él múltiples, variadas y muy importantes influencias.

Análogamente, se comprenderá que "yo" no soy mi psique, pues de ésta puedo decir algo semejante a lo que se ha mostrado respecto del cuerpo: también se puede contraponer el "yo" a la propia psique, y, así, encontrarse deseando tener una memoria de mayor volumen y más ágil, o una imaginación más rica. Sólo que la psique constituye una envoltura del yo todavía mucho más próxima y más íntimamente unida y compenetrada con él, que su propio cuerpo.

²⁰ Véase: RECASÉNS SICHES (Luis), *Tratado General de Filosofía del Derecho*, Edit. Porrúa, México, 1959, pp. 72 y ss.; ORTEGA Y GASSET (J.), *Obras Completas*, 1947, tomo (XV), pp. 76, 399-400.

En el cuerpo, a lo largo de su desenvolvimiento biológico se producen múltiples y variadas modificaciones. De modo análogo la psique pasa sucesivamente por muy varios estados de ánimo, por cambios en actitudes, convicciones, habilidades, preferencias, y va experimentando importantes y hasta hondas transformaciones. Sin embargo, a través de todas esas vicisitudes corporales y psíquicas, el "yo", que es el sujeto que las experimenta, que las vive, y cuya personalidad va cambiando en alguna medida y en algún modo, sigue siendo el mismo. Sigue cambiando la urdimbre dinámica de la vida de ese sujeto, pero el sujeto, el "yo" sigue siendo el mismo. Acaso cambie la circunstancia física de la vida, porque el sujeto cambió de residencia; acaso cambie el ambiente social en que vive, porque el sujeto cambió de marco colectivo; quizá se produzcan nuevas experiencias, que afecten al carácter, a las actitudes, a los deseos y a los propósitos del sujeto. Pero el sujeto al que le pasan todos esos cambios sigue siendo *el mismo sujeto, el mismo "yo"*, al cual le acontecen todas esas variadas aventuras.

Quizá, a primera vista, pueda parecer de difícil comprensión ese concepto de la realidad del yo como algo distinto no sólo del cuerpo sino también del alma; difícil tan sólo por el influjo tradicional de pensamiento materializante o corporeizante que tiene a pensar todo ser como *cosa* o substancia yacente. Y, sin embargo, si nos despojamos de la inercia de esa tradición, advertiremos con toda facilidad y de modo evidente esa realidad del yo, que es la más obvia, patente e inmediata entre todas. Basta con que estrujemos el sentido del pronombre personal de primera persona en singular: "yo", el sujeto al que le pasan múltiples vicisitudes corporales y psíquicas, y que sigue siendo el mismo a través de ellas; el "quien" al que se le desarrolla y transforma su cuerpo, y cuya alma atraviesa por pensamientos, emociones y tendencias del más diverso jaez; yo, que tal vez he visto cómo mi carácter se va modificando, y que asisto también al cambio de los demás elementos que constituyen la urdimbre de mi vida, y a quien me ocurren diversas aventuras; "yo", quien se salva o se hunde.

La diferencia entre la psique y el "yo", el sujeto entrañable, fué ya vista por los primeros grandes pensadores cristianos, por algunos padres de la Iglesia, en función del fin ético trascendente, religioso, del hombre, es decir, de su salvación. Si bien emplearon la expresión "salvar el alma", es patente que bajo ese vocablo "alma" no entendían el conjunto de realidades, facultades, potencias y mecanismos de índole psíquica, sino el yo, como sujeto permanente, el yo como sujeto de su vida y de su misión moral.²¹

Los resultados de este análisis filosófico de la vida humana han sido confirmados por lo mejor de la ciencia del presente. Según la filosofía de la vida el hombre está en la naturaleza y es parte de ella; pero él esencialmente *no es naturaleza*. Tiene componentes de naturaleza (su cuerpo, su psique) y además está alojado en la naturaleza. Pero él *no es naturaleza*, sino quien tiene que vivir con la naturaleza, manejándola, y estando sometido a ella en muchas relaciones. Pues bien, el gran psicólogo de nuestro tiempo, Erich Fromm, ha dicho posteriormente y de modo paralelo: "El hombre es parte de la naturaleza, está sujeto a sus leyes físicas, incapaz de cambiarlas, y, sin embargo, trasciende el resto de la naturaleza. A pesar de ser una parte de la naturaleza, constituye una magnitud aparte y diferente de

²¹ Cfr. RECASÉNS SICHES, *ob. cit.* en la nota precedente, pp. 80-82.

la naturaleza. Arrojado a este mundo en un lugar y tiempo accidentales, es sacado de él también accidentalmente. Dándose cuenta de sí mismo, el hombre comprende su debilidad, su carencia de poder y las limitaciones de su propia existencia.²²

12.—LA IDENTIDAD DEL YO PARA SI MISMO Y PARA LOS DEMAS

Desde otro punto de vista podríamos referirnos al yo como identidad personal a lo largo de la vida de un individuo, y por debajo de todas las variedades y cambios de ésta. El eminente psicólogo y sociólogo norteamericano Solomon E. Asch²² ilustra la importancia del sentido de la identidad personal con la siguiente experiencia: El drama "El Guardia" del escritor húngaro Molnar presenta un intrigante problema. "Un famoso actor, que es muy celoso, se disfraza de arrogante oficial ruso y hace insinuaciones a su propia esposa, para probar la virtud de ésta. Se las compone para verla en varias ocasiones y le declara su amor. Sus esfuerzos hallan correspondencia por parte de ella. Cuando el marido ultrajado hace reproches a su mujer por su infidelidad, ella defiende tenazmente su reputación, alegando que ella le reconoció desde el primer momento. Pronto el atribulado marido se convence de aquello que tanto deseaba creer. El público, sin embargo, queda con la duda respecto de si la mujer es efectivamente virtuosa o sólo astuta. ¿Cuál es la razón de las dudas y de la angustia del marido? ¿Por qué se desespera cuando, bajo el disfraz de oficial ruso, logra conquistar a su propia mujer? ¿No fué él mismo quien ejerció con éxito sus poderes de fascinación? ¿No debiera decir que su mujer, al sucumbir al oficial ruso, estaba enamorada de él mismo, su marido? No es improbable que la esposa originariamente, la primera vez, se enamoró de él porque él era un soberbio Hamlet y un soberbio Don Juan y que ella admiraba esas dotes de actor más que sus cotidianas hipocondrías y banalidades. ¿Qué razón había para que el marido se sintiese infeliz porque su mujer había quedado impresionada por él en el papel de brillante militar? Tal vez no podamos contestar esas preguntas de un modo preciso. Sin embargo, parece que el actor tenía razón para sentirse angustiado, porque temía por el lugar de su propio yo respecto de su esposa".

"El filósofo Josiah Royce²⁴ planteó un problema semejante y más comprensible. Formula la siguiente pregunta: ¿Cómo sentiría un hombre a quien le arrebataran su novia y se la sustituyesen con otra muchacha que poseyese exactamente todas las mismas características de aquélla —la misma figura, cara, cabello, incluso los mismos intereses, aficiones, pensamientos, y recuerdos del pasado? ¿Si a ese hombre se le diera tal noticia amablemente y se le dijese que desde todos los puntos de vista la substituta era indistinguible del original, se sentiría contento? ¿Aceptaría esa 'definición operacional' de identidad? ¿O, por el contrario, su reacción... constituiría una buena prueba del carácter de su devoción? El problema planteado por Royce es el de la comedia de Pirandello *Como tú me deseas*. El marido perdió de vista a su esposa, a la que sigue amando continuamente. Muchos años más tarde

²² Cfr. FROMM (Erich), *Man for Himself: An Inquiry into the Psychology of Ethics*, Rinehart & Co., New York, 1947, p. 40.

²³ Cfr. ASCH (Solomon), *Social Psychology*, Prentice-Hall, Nueva York, 1952, pp. 280-283. Sobre este problema, que plantea el drama de Molnar, véase MCGILL (V. J.), *A Philosopher Meets a Novelist*, The Dragon Press, Ithaca, N. Y., 1932.

²⁴ Cfr. ROYCE (Josiah), *The World and the Individual*, 1900.

descubre a una mujer que es exactamente igual a su esposa: tiene la misma cara y los mismos encantos. Ella insinúa que es la esposa desaparecida y se va a vivir con él. Pero el marido sigue torturado por la duda de que ella pueda no ser la misma mujer que él amó... Si por lo menos ella quisiera decirle que es la misma persona, la desgracia que él está sufriendo terminaría. Sin embargo, ella se niega a decirle tal cosa, pues parece que desea que el marido la ame por lo que es ahora, independientemente de que sea o no la mujer que desapareció. Ella promete hacerse a sí misma tan igual a la otra mujer como sea posible. Pero el hombre no halla aquietamiento para sus dudas, y, por fin, se separan".

La identidad personal tiene dos aspectos mutuamente relacionados: *la identidad del yo, para el propio yo*, el sentido que una persona tiene de ser idéntica a sí misma, a pesar de todas sus variaciones y cambios; y *el reconocimiento de esa identidad por los otros*. Tener una identidad significa sentirse uno mismo el yo que es; y significa además que los otros me conozcan como la misma persona.

Sobre este último punto, Asch da ilustraciones tomadas también del campo de la dramaturgia.²⁵ En la comedia de Plauto "Los Mellizos", dos hermanos gemelos idénticos no se conocen uno a otro y cruzan sus respectivos caminos. El círculo social en que se mueve cada uno de los dos no sabe de la existencia del otro gemelo. Así, resulta que sus respectivas identidades son continuamente confundidas por los parientes, amigos y conocidos, dando ello lugar a muchas marañas y situaciones contradictorias. Sin embargo, las dificultades quedan resueltas rápidamente tan pronto como los dos personajes son identificados y sus respectivas acciones atribuidas correctamente a uno u otro. Independientemente de los efectos cómicos que se producen, esta pieza teatral hace observar cuán radicalmente quedan minadas las condiciones de una acción por esta simple perturbación en el campo social. La identidad de la persona para sí misma y su identidad para los demás son una condición estrictamente necesaria para que se den en el campo social unas relaciones ordenadas.

"Encontramos un dilema más serio y más profundo en el 'Anfitrión' de Plauto y en la adaptación de Molière. El dios Mercurio finge ser el sirviente Sosia frente a la casa del amo de Sosia, Anfitrión. Cuando Sosia llega con un mensaje de su amo, Mercurio lo detiene, y violentamente, con pruebas irrefragables, establece que él es Sosia. No sólo ha adoptado la forma corporal de Sosia, sino que además tiene conocimiento de todo lo que le ha pasado a Sosia, incluso del mensaje secreto de su amo. Todo esto produce en Sosia el efecto de que se tambalee en una mar de dudas. Sosia nunca había dudado de que él era él mismo y de que no había otro igual a él. Pero la evidencia es tan abrumadora, que ya algunas dudas empiezan a perturbar la creencia sobre su propia identidad que antes había sido axiomática para él. Cuando regresa maltrecho a su amo, Anfitrión le pregunta: "¿quién te pegó?" A esto Sosia contesta: "¡Buena, yo mismo, el otro yo que está en casa!" Su dificultad es más profunda que la de los hermanos de "Los Mellizos" de Plauto. A éstos les pasaba que los confundían uno con otro, mientras que a Sosia no lo confunden con nadie. Desde todos los puntos de vista su lugar está plenamente ocupado, y no hay lugar para el Sosia extra. Nos reímos de Sosia cuando él duda de su propia identidad, pensando que estaba equivocado al dejarse llevar por la duda, pues incluso si hubiese encontrado un regimiento de Sosias idénticos, no habría tenido razón en ceder

²⁵ Cfr. *ob. cit.* en la nota N° 14 de este cap., p. 283.

en lo más mínimo, pues ninguna edición duplicada de él podría de ningún modo arrancarlo o desposeerlo de sí mismo ni de su pasado".

Ahora bien, el estudio del "yo" interesa sobre todo a la filosofía, a la religión, a la moral. Al sociólogo, en cambio, le importa sobre todo el análisis de la personalidad individual concreta, y en este análisis le importa principalmente descubrir los ingredientes y factores sociales de esa personalidad, y los modos como esos componentes sociales se combinan y están en recíproca influencia con los factores biológicos y psíquicos individuales, así como también con otros elementos del mundo.

Sin embargo, era necesario mencionar el "yo", por dos razones. Primera, para distinguirlo de la personalidad individual concreta, como todo dinámico y cambiante, que está integrada por la múltiple variedad de factores a que se ha hecho ya alusión aquí. Segundo, porque, para adquirir una idea adecuada de la personalidad individual concreta, es imprescindible haberse formado un concepto adecuado del "yo". Esto es así, por las razones que explico a continuación.

En efecto, el yo es el principio de unidad real plenaria de la personalidad individual concreta, es la realidad que dota a ésta de verdadera unidad. Hay que distinguir entre esa unidad radical del yo, que determina que el sujeto sea el mismo a través de todos los varios desarrollos y modificaciones de su personalidad; por una parte, y la relativa unidad empírica que se produce en cada momento del proceso de integración de los componentes de la personalidad. El siguiente ejemplo aclarará esta diferenciación. Habitualmente se da una unidad, una especie de organización o integración unitaria entre los componentes de la personalidad. Sin embargo, como efecto de determinadas enfermedades mentales puede darse el desdoblamiento o la disociación de la personalidad, en cuyo caso ya no existirá aquella unidad empírica. En cambio, a pesar de tan grave perturbación de la conciencia, el "yo" a quien le ocurre ese patológico proceso de desdoblamiento o de disociación, es el mismo, porque el yo constituye la unidad del sujeto humano por debajo de todas sus variaciones y sus cambios, al menos para ciertos efectos.

Cierto que lo esbozado aquí respecto del "yo" dista mucho de cubrir todos los problemas filosóficos que pueden suscitarse sobre el "yo". Una obra de Sociología no puede entrar en esos problemas. Por el hecho de que tiene importancia para la Sociología, me ocuparé más adelante solamente del problema del libre albedrío, aunque sólo de modo muy sucinto, y también teniendo en cuenta principalmente los aspectos relevantes para el conocimiento sociológico.

13.—INGREDIENTES SOCIALES DE LA PERSONALIDAD INDIVIDUAL

Ya se expuso el hecho de que la personalidad concreta de cada individuo se halla integrada y determinada por múltiples y variados factores de diversas clases.²⁶ Entre esas varias clases de factores o componentes que integran la personalidad, figuran los ingredientes de carácter social.

Dentro de la clase de ingredientes o factores sociales de la personalidad los hay de muy variados tipos, por ejemplo: ideas transmitidas por el prójimo a nuestro alrededor; ideas aprendidas en los libros; moldeos o configuraciones que son el efecto de la influencia ejercida sobre nuestros modos de pensar, de sentir, de reac-

²⁶ En el epígrafe N° 7 de este cap.

cionar, de actuar, por otros seres humanos, bien por determinadas personas con quienes hemos estado en extensa e íntima relación, como por ejemplo, nuestros padres, hermanos, amigos de infancia, bien por los miembros de los grupos a los que pertenecemos (v. g.: vecindad, comunidad local, estirpe étnica, escuela, comunidad nacional, círculo cultural, clase social, profesión, etc.); modos de comportamiento que son en alguna medida la reacción frente a conductas de otras gentes con quienes hemos estado o estamos en trato; maneras de comportamiento que son el resultado de las lecciones sacadas de experiencias de anteriores relaciones sociales; actitudes y prácticas configuradas por la presión de la opinión pública dominante de las creencias colectivas preponderantes, de las costumbres en vigor; actitudes y acciones que representan una imitación —consciente o inconsciente— de otras personas; hábitos adquiridos en el cumplimiento de modos sociales de vida; hábitos formados en el ejercicio de una profesión; la huella efectiva dejada en el subconsciente por experiencias infantiles —p. e.: los "complejos" en el sentido dado a esta palabra por el psicoanálisis—, o la huella más o menos consciente impresa por experiencias en la edad adulta; las ambiciones estimuladas por el ejemplo de otros individuos; la euforia y optimismo producidos por triunfos sociales; el apocamiento, la desconfianza, o la inseguridad que previos fracasos crean en el ánimo; preferencias, aficiones, entusiasmos o fobias que se le meten a uno dentro por contagio del medio social ambiente en que se vive; etc.

Esa lista de ejemplos de componentes sociales de la personalidad no pretende ser exhaustiva, ni es ofrecida en forma clasificada. Por el contrario, pretende solamente ofrecer algunos ejemplos que pongan de manifiesto cuán múltiples y cuán variados son los factores e ingredientes sociales de la personalidad.

A pesar de la heterogénea variedad de esos factores y componentes, todos ellos son incluidos en el grupo de factores sociales, porque cada uno de ellos, independientemente de cual sea su índole, ha entrado a formar parte de la personalidad por virtud de influencias sociales. Lo mismo si se trata de unas ideas matemáticas aprendidas en la escuela, que si se trata de una actitud creada por el ejercicio de determinada profesión, que si se trata de una arrogancia transmitida por el orgullo del grupo, etc., en todos los casos tales factores han pasado a formar parte de la personalidad por virtud de relaciones interhumanas.

Hasta cierto punto puede decirse que en la personalidad se refleja en alguna medida el mundo social y cultural en que se vive. Las situaciones sociales en que un individuo está inmerso, y la cultura en que participa, configuran en gran proporción su personalidad, así como también moldean en no pequeña medida el desenvolvimiento concreto de su vida.

Los factores e ingredientes sociales moldean la personalidad y la vida en gran medida, pero no totalmente, porque según se expuso ya, la personalidad está integrada por una varia multiplicidad de factores, entre los cuales si bien ciertamente figuran los factores sociales como muy importantes, éstos no son los únicos, sino que por el contrario, figuran otros muchos y varios factores individuales. Recuérdese, por ejemplo, el yo profundo, es decir, la raíz intransferible e insobornable de la propia individualidad. Recuérdese asimismo los factores biológicos y psicológicos constitucionales. Y, además, téngase en cuenta también la acción individual creadora y el reflujo que esta propia inventiva opera sobre la personalidad.

Con referencia al último punto mencionado, es decir, la acción creadora individual, debe, sin embargo, tenerse en cuenta que la acción propiamente individual trabaja en su mayor parte reelaborando materiales que se dan en el contorno social y cultural. Ordinariamente el individuo elige particularmente y crea o inventa sirviéndose de los materiales que halla a su disposición en el contorno socio-cultural en que vive. Ciertamente puede excepcionalmente aportar algo nuevo por su propia inventiva individual, descubrir por sí mismo una idea antes no pensada por nadie, crear una nueva forma de conducta, fundar una nueva institución sin precedentes, hallar algo de lo que anteriormente no se tenía ni remota noticia. Sin embargo, incluso en esos casos en que la acción netamente individual se presenta como decisiva y teniendo la máxima importancia, no se trata de una acción plenamente y exclusivamente individual, sino de una acción en que notoriamente predomina lo individual, la creación o inventiva individual, pero acompañada por otros ingredientes no individuales e influida en alguna medida por factores no individuales. En primer lugar, adviértase, como ya se observó antes, que el pensamiento se desarrolla mediante palabras, y recuérdese que el lenguaje es típicamente un producto social. Nótese también que el más original descubrimiento de una nueva idea, se suele gestar en la crítica de ideas anteriores recibidas por el vehículo de la sociedad. Cuando Einstein crea su teoría de la relatividad —una de las más grandes y originales invenciones de nuestro siglo— arranca de una crítica de la física newtoniana y toma además en consideración el alcante y la significación que pudieran tener los experimentos realizados por Michelson y Morsley, y maneja el nuevo instrumental matemático creado en el siglo xx y que ha aprendido de sus autores.

14.—LA PERSONALIDAD DEL NIÑO Y EL MEDIO SOCIAL .

Los estudios contemporáneos sobre el desenvolvimiento infantil han mostrado que la personalidad del niño, sus sensaciones, percepciones, memoria, lenguaje, moralidad, pueden crecer solamente en un medio social. Si un niño recién nacido es separado de tal ambiente social, y si sobrevive biológicamente a tal separación —lo cual es muy difícil— su cuerpo crecerá, pero el niño no se desarrollará ni mental ni moralmente. En los casos del tipo llamado "niño-globo", tales sujetos están a un nivel puramente animal desde el punto de vista psicológico y ético.²⁷

15.—LAS NEUROSIS CAUSADAS POR DESINTEGRACION DE LA ESTRUCTURA SOCIAL

La estructura mental y moral de la personalidad depende del medio social ambiente, hasta tal punto, que sucede que cuando se produce una desorganización en la estructura colectiva y en el sistema de valores socialmente vigente, la vida mental y moral de los individuos experimenta una desintegración. Esto es lo que suele pasar en períodos de revolución, guerra, calamidades catastróficas, así como en situaciones de crisis. En tales circunstancias suele aumentar la criminalidad, especialmente la delincuencia juvenil, y crece el número de desórdenes o desajustes men-

²⁷ Cfr. SOROKIN (Pitirim A.), *Society, Culture and Personality: Their Structure and Dynamics*, Harper, Nueva York, 1947, p. 344.

tales. Observa Sorokin²⁸ que muchos estudios sobre las causas de las enfermedades mentales, especialmente de varias psiconeurosis, han mostrado que esos desórdenes se deben en gran medida a las particulares condiciones socio-culturales del ambiente. En un mundo en el que el orden social se desintegra, y en el que pierden vigencia las valoraciones sobre las cuales se habían apoyado la vida humana, sucede que las neurosis tienden a aumentar, y que se producen fenómenos de relativa desintegración de la personalidad. La sensación de inseguridad, propia por ejemplo de una época de crisis, en la que las valoraciones de antaño han perdido cuerpo e influencia y no han sido substituídas por unas nuevas valoraciones firmemente establecidas y generalmente aceptadas, al producir un estado mental de azoramiento, de desorientación, tiende a desintegrar en parte la personalidad. A veces, efectos parecidos se producen por la tremenda impresión que producen inesperadas experiencias violentas, o también el paso brusco de un sistema de organización social a otro sistema contrario.

16.—EL YO EN SU MUNDO O CONTORNO DETERMINADO ES ALBEDRIO O LIBERTAD

El análisis de la vida humana, resumido en los párrafos anteriores, me ha sugerido un nuevo enfoque y una nueva solución para el debatido tema sobre el libre albedrío o libertad del hombre.²⁹

Puesto que el yo se halla inserto en el mundo, es decir, en su circunstancia, con un hueco o ámbito, esto es, no de modo fijo, sino ante un repertorio plural de posibilidades, cabe afirmar que el hombre *es* albedrío. La libertad, o mejor el albedrío, no es una cosa, ni una facultad, ni una energía. Por el contrario, el albedrío consiste en el peculiar tipo de inserción del yo en su circunstancia, en una inserción con holgura, la cual, en cada instante de la vida, depara varios caminos, entre los cuales tiene que elegir el sujeto por su propia cuenta y riesgo, y bajo su responsabilidad.

En efecto, no hállome inserto en el mundo en que estoy y vivo como el clavo lo está en la tabla, ni como el tornillo lo está en su tuerca, sino que, por el contrario, aunque el mundo que constituye mi circunstancia es limitado y está determinado, estoy en él con un hueco dentro del cual puedo elegir entre varias posibilidades.

Opino que esta cuestión sobre el libre albedrío fué planteada siempre de un modo incorrecto, tanto por los que lo afirmaban, como por los que lo negaban, pues unos y otros pensaban en el libre albedrío como en algo que *se puede tener o se puede no tener*. Así, los indeterministas sostenían que el hombre *tiene* libre albedrío, mientras que los deterministas decían que el hombre *no tiene* libre albedrío. El error de ambos consiste en suponer que el albedrío sea una *cosa*, o una *facultad*, o una *energía*, que se pueda tener o no tener, como por ejemplo, se tiene estómago, memoria (con mayor o menor capacidad) o vigor mental (en más o menos cuantiosa medida). Pero el albedrío no es una cosa, ni una fuerza que se pueda tener o no tener: es sencillamente la situación de hallarse entre varias posibilidades, las que

depara el contorno de cada sujeto en cada uno de los momentos de la vida de éste. El sujeto no está forzosamente predeterminado a seguir una de esas posibilidades y dejar las demás. Por el contrario, tiene que elegir entre esas posibilidades. Vivir es hallarse siempre, efectivamente o potencialmente, en un cruce de caminos, teniendo que elegir uno entre ellos. Por eso el hombre es albedrío.

Ese repertorio de caminos es diverso para cada sujeto; y es diverso también respecto del mismo sujeto en cada uno de los momentos de su vida. La variedad en los repertorios de posibilidad está determinada por la variedad de las personalidades concretas de los varios individuos y de sus respectivos contornos, así como por la variedad de esas personalidades y de esos contornos en cada momento. Por eso, no todos los sujetos humanos pueden hacer las mismas cosas, ni uno puede tener las mismas posibilidades en todos los instantes. Pero cada uno de ellos, en cualquier coyuntura de su vida, se halla ante más de una sola posibilidad.

En parte, las posibilidades concretas de cada sujeto dependen de la realidad particular de su propia personalidad individual, así de su temperamento, de su talento, de su fuerza de voluntad, etc.

En parte, las posibilidades concretas de cada individuo están determinadas también por las características y aptitudes de su cuerpo. Así, no todos pueden físicamente hacer las mismas cosas, por ejemplo, trepar por una fachada, como lo hacía un sujeto que exhibía esa habilidad por las principales capitales del mundo y que se llamaba a sí mismo "el hombre mosca".

La naturaleza exterior que nos enmarca ofrece, por una parte, una serie de facilidades —que determinan para el hombre que habita allí algunas posibilidades—, y, por otra parte, presenta obstáculos y dificultades para la acción humana, las cuales determinan la imposibilidad de hacer muchas cosas, por ejemplo, volar sin un aparato adecuado. Esa circunstancia natural contiene leyes constantes, por ejemplo, las físicas y químicas, iguales en todos los lugares. Pero además presenta peculiaridades en cada lugar, p. e., el marco geográfico y las condiciones climáticas.

No circunda al hombre solamente la naturaleza exterior en estado virginal, sino además todo el mundo de la técnica —y de la cultura en general— que se interpone entre la naturaleza y el ser humano, determinando una importante ampliación y modificación de las posibilidades, y aumentando formidablemente la potencia de la persona. Puede decirse que en gran parte entre el hombre y la naturaleza se da todo el aparato de la cultura, la cual comprende la técnica, y ésta constituye una transformación de la naturaleza y un dominio sobre ella.

La sociedad condiciona también positiva y negativamente el número, la índole y la calidad de las posibilidades para la vida de una persona humana, de muy varias maneras, por ejemplo:

A) El patrimonio social que integra la personalidad concreta del individuo, es decir, todo lo que éste ha aprendido de los demás y de la tradición histórica, determina una serie de posibilidades particulares de conducta.

B) La realidad de los prójimos circundantes (pocos o muchos, propios u hostiles, inteligentes o torpes, deseosos de cooperación o, por el contrario, tendientes al aislamiento, etc.), con la serie de múltiples y variadas influencias que ejercen sobre una determinada persona humana, determinan para ésta posibilidades e imposibilidades, facilidades y dificultades en su comportamiento.

²⁸ Cfr. *ob. cit.* en la nota precedente, pp. 353 y ss.

²⁹ Cfr. RECASÉNS SICHES (Luis), *Tratado General de Filosofía del Derecho*, Edit. Porrúa, México, 1959, pp. 83-97.

C) Los grupos sociales, entre ellos el Estado, en los cuales participa una persona, abren a ésta posibilidades de conducta mediante la garantía de una serie de libertades y mediante varios estímulos, y cierran otras posibilidades por prohibiciones o restricciones que imponen a la voluntad.

D) La cooperación, que ofrezcan o nieguen muchos grupos sociales, especialmente los organizados, condiciona notoriamente el ámbito de posibilidades para la conducta de una persona.

E) Es obvio que la posición económica, la cual es un hecho social, amplía o limita el campo de las posibilidades que se le ofrecen a una persona humana en las sucesivas etapas de su vida.

F) La acción del medio colectivo ambiente (conjunto de factores sociales que envuelven nuestra vida y actúan sobre ella) es otro de los determinantes sociales de las posibilidades que se deparan para la conducta de un sujeto.

Así, pues, el ámbito vital concreto y el conjunto de posibilidades que éste ofrece son diferentes para cada sujeto, según cuáles sean las capacidades de su psique, las aptitudes de su cuerpo, el lugar donde esté, la educación que haya recibido, la situación social que ocupe, los medios económicos de que disponga, la atmósfera colectiva que respire, las ventajas de que disfrute, las restricciones que sufra, etc. Este ámbito concreto, delimitado por los componentes del contorno y la estructura que formen, constituye lo que está determinado en la vida humana de cada sujeto. Pero dentro de ese hueco, el hombre halla ante sí siempre la posibilidad de diversas conductas en cada momento; y el hombre tiene que elegir por su propia cuenta algunas de esas conductas posibles para él, puesto que no se halla predeterminado a emprender forzosamente una sola de ellas. Los caminos que se abren ante cada sujeto —y en cada momento de su vida— son diferentes en cuanto a la cantidad y en cuanto a la calidad, de los que se ofrecen a otros sujetos. Por ejemplo, no pueden hacer lo mismo un acróbata analfabeto, un profesor de filosofía, el presidente de una república, un petimetre, y un poeta. Muchas de las cosas que uno de ellos puede hacer están fuera del campo de las posibilidades de los demás, y viceversa. Talento, salud, cultura, nacionalidad, lugar en que se habite, etc., son determinantes de posibilidades y de imposibilidades. Pero todo individuo humano puede hacer, en cada instante de su vida, más de una sola cosa. Por eso todo yo humano *es* albedrío.

La determinación de cuál sea el repertorio de vías posibles para el comportamiento de un sujeto humano en un determinado momento habría de comprender un estudio combinado de análisis psicológico, de dictamen biológico, de ponderación de los factores geográficos, de examen del medio cultural, de determinación de su educación, de averiguación de su capacidad económica, etc.

El hecho del yo, inserto en un ámbito o margen determinado, pero con alguna holgura dentro de éste, pudiendo decidir entre las varias posibilidades que le depara, no presenta una excepción en el cumplimiento de las leyes causales de la naturaleza. Lejos de esto, constituye simplemente la irrupción de un plus de causalidad en la serie de los fenómenos de la Naturaleza. La decisión del yo, al traducirse en conducta, no viene a romper el normal cumplimiento de las leyes causales, sino que ingresa en el mundo de la causalidad natural en forma de un nuevo fenómeno natural; inserta en la serie de nexos causales algo así como causas primeras que no emanan de otras causas naturales anteriores, pero que sí producen efectos reales

posteriores. Es lo que Kant llamó acertadamente causalidad por libertad, a diferencia de la pura causalidad de la naturaleza.

17.—ALBEDRIO Y LEYES SOCIOLOGICAS

Pudiese parecer a primera vista que el hecho de que el yo es albedrío habría de hacer imposible toda investigación de leyes sociológicas, puesto que el albedrío implica que no se pueda predecir con seguridad la conducta de una persona humana.

Sin embargo, esa dificultad no es tan grave como puede parecer a primera vista. No lo es por varias razones.

En primer lugar la Sociología no trata de investigar las leyes de la conducta de un individuo humano. Por el contrario, se propone indagar sobre la conducta social genérica de un gran número de sujetos, de los sujetos que integran los varios grupos colectivos. Ahora bien, sucede que aun cuando las variaciones pueden ser grandes en cuanto a los comportamientos individuales, en cambio son muchísimo menores cuando se trata de *multitud de comportamientos*, porque entonces muchas de las variaciones se compensan recíprocamente y de ese modo no se alteran grandemente los resultados promedio.

Por otra parte, debe tenerse en cuenta que la Sociología se ocupa no de comportamientos individuales, sino de modos genéricos de conducta. Ahora bien, sobre éstos la influencia ejercida por factores netamente sociales, por ejemplo, por el ambiente colectivo, es mucho mayor que la que se da sobre comportamientos singular y peculiarmente individuales.

Hay que tener en cuenta además que la Sociología no puede establecer leyes exactas como las de la física, sino solamente *regularidades* o generalizaciones con un amplio margen de excepciones. Independientemente de la idea que se tenga sobre el albedrío, es un hecho que la ciencia, ni la psicológica ni la sociológica, puede formular leyes exactas sobre el comportamiento humano. Ni siquiera los apasionados de la hipótesis determinista han considerado posible un programa de previsión exacta de la conducta sino a lo sumo un intento de predecir probabilidades.

Claro que aparte del problema que el albedrío plantea, hay otros problemas relativos a este punto, como, por ejemplo, el hecho de cuán enorme y complicada es la multitud de factores que intervienen en la conducta humana, hecho por el cual resultaría impracticable poder abarcar mentalmente todos los factores y todas las recíprocas influencias entre ellos. En todo caso, a lo más que puede aspirar la Sociología es a formular generalizaciones o regularidades, las cuales no excluyen excepciones. Se trata de lo que se ha llamado *generalidad* de conducta: las gentes, socialmente, de modo habitual se comportan aproximadamente de cierta manera.

Respecto de esas regularidades o generalizaciones, recuérdese la exposición sobre la doctrina de los *tipos* según Max Weber.³⁰ Supuesto un determinado fin o el reconocimiento de un cierto valor, se establece cuál sería la línea racional de conducta congruente con aquel fin o con aquel valor. Ahora bien, hay factores no racionales que se interfieren en el comportamiento real. La discrepancia de la conducta real con el tipo muestra y permite calibrar esos otros factores.

³⁰ En el cap. V, epígrafe 11, de este libro.

Sin perjuicio del libre albedrío individual, es posible establecer previsiones de probabilidad sobre la conducta social. En primer lugar, téngase en cuenta que en gran parte el ámbito de las posibilidades del comportamiento viene *determinado por la realidad de la circunstancia*, es decir, por las condiciones existentes en una determinada situación social histórica. El estudio de esa circunstancia delimita cuáles sean las posibilidades en cuanto a los hechos sociales, es decir, cuáles sean las cosas que pueden ocurrir y cuáles las que no pueden ocurrir.

En segundo lugar, hay *mecanismos psicológicos* los cuales, *bajo la influencia de la interacción social*, es decir, bajo la influencia de las relaciones interhumanas de determinados tipos, funcionan de una manera regular. Ahora bien, esos mecanismos psicológicos ejercen una gran influencia en el comportamiento social, y sirven de base para establecer regularidades y predicciones de probabilidad. Es así, porque hay, por lo menos en gran medida, maneras homogéneas de reaccionar ante determinadas situaciones. Así, por ejemplo, la llamada "ley de la oferta y de la demanda" reposa en una regularidad de ese tipo, en la comprobación de que los hombres desean comprar tan barato y vender tan caro como sea posible.

En tercer lugar, hay regularidades que derivan del *acatamiento o adhesión* que los individuos prestan a *determinadas reglas sociales de conducta*, como p. e., costumbres, usos, opinión pública, normas jurídicas, que imperan dentro de determinado grupo. Un individuo que para saludar estrecha la mano obedece a una norma consuetudinaria; y los millones que cotidianamente siguen esa práctica muestran una regularidad, que está determinada por ese tipo normativo de conducta.³¹

En cuarto lugar, aunque el hombre es albedrío, cuando contemplamos no a un solo individuo, sino a un gran número de ellos, con ciertas características comunes, puede observarse que hay bajo determinadas condiciones una manera de decisión que se presenta en la mayoría de los casos. Cabe, entonces, establecer por inducción la comprobación de que hay una *forma mayoritaria de comportamiento*. Esta comprobación se limita a registrar lo que sucede ordinariamente, pero no entraña ninguna negación del albedrío de un individuo como tal individuo; porque el hecho de que la mayoría de individuos se suela comportar de una cierta manera, no interpone a ningún individuo la forzosidad de que obre precisamente así, sino que deja intacto su albedrío, para decidirse por una posibilidad contraria.

En quinto lugar, hay muchas conductas sociales —desde luego no todas ellas, ni tal vez la mayoría de ellas— que responden a *esquemas racionales* para la realización de determinados fines, o para el cumplimiento de ciertos valores. Tales esquemas de comportamiento resultan predecibles con relativa facilidad. En este punto, sin embargo, se debe tener en cuenta el hecho, tantas veces ya apuntado, de que rara vez los esquemas racionales son llevados a la práctica plenamente, en un ciento por ciento, pues sufren la interferencia de factores no racionales. Pero incluso la acción de esos factores irracionales, la cual suele ser el resultado de ciertos mecanismos bio-psicológicos, suele presentar un desenvolvimiento regular, lo cual permite establecer regularidades respecto de tal acción de dichos factores irracionales.

Aparte de las leyes sociológicas que consisten en *uniformidades empíricas predominantes*, hay otro tipo de leyes sociológicas relativas a lo cambios sociales. Esas leyes registran los módulos según los cuales suelen producirse los cambios en las es-

³¹ Cfr. ORGAZ (Raúl A.), *Introducción a la Sociología*, 2ª ed., Buenos Aires, 1937.

tructuras sociales, en las instituciones, por ejemplo, la sucesión de las formas de gobierno, la evolución de las costumbres, la substitución de unas convicciones predominantes por otras, etc.

Varios sociólogos, p. e., Richard, han hecho notar que las llamadas leyes sociológicas son *leyes tendenciales*, es decir, expresan tendencias que son puestas de manifiesto por el estudio de los hechos sociales, con la ayuda de la estadística, y por un atento análisis de la historia.³² En otros términos, pero con un sentido análogo, Max Weber considera las regularidades sociales como probabilidades típicas que permiten esperar un cierto desenvolvimiento de una conducta social, bajo la presencia de ciertas condiciones.

Finalmente, es preciso darse cuenta de algo que ya se apuntó antes, a saber, de que las leyes sociológicas son leyes de *masa*, es decir, que se refieren a modalidades genéricas de conducta y grupos, prescindiendo de las singularidades individuales.

18.—IGUALDADES Y DESIGUALDADES ENTRE LOS HOMBRES. LA UNICIDAD DE CADA PERSONALIDAD INDIVIDUAL

El hecho de que el hombre es a la vez semejante a sus prójimos y diferente de todos ellos, hasta el punto de que cada individuo es *único*, lo expresa Erich Fromm elegantemente diciendo: "Un individuo representa la especie humana. Es un ejemplo específico de la humanidad. Pero sucede que a la vez es *él* y es *todos*: es un individuo con sus peculiaridades, y en este sentido es único; y al mismo tiempo es representante de todas las características de la especie humana."³³

Todos los seres humanos son a la vez iguales y desiguales entre sí. Son iguales desde ciertos puntos de vista, pero son diferentes unos de otros desde otros puntos de vista. Cada hombre en ciertos aspectos es: *a)* parecido a todos los otros hombres; *b)* parecido a algunos otros hombres, y *c)* diferente de todos los demás hombres.³⁴

1. Es *parecido a todos los demás hombres*: *a)* en un conjunto de caracteres biológicos; *b)* en un conjunto de caracteres psicológicos; y *c)* también en cuanto al sistema de funciones que constituyen la vida propiamente humana.

A) Desde el punto de vista *anatómico y fisiológico* los cuerpos de todos los seres humanos son parecidos: tienen análoga estructura (tienen cabeza, tronco, extremidades, idénticas funciones, andan erectos, etc.); poseen los mismos órganos (corazón, estómago, pulmones, etc.); realizan idénticas funciones (respiratoria, circulatoria, digestiva, etc.). Todos los hombres están sometidos a las mismas leyes naturales (físicas, químicas, biológicas), no sólo en cuanto a su propio cuerpo, sino también respecto de la naturaleza circundante. Todos los seres humanos experimentan las mismas necesidades orgánicas, como la de comer, beber, etc.

B) Desde el punto de vista *psicológico* todos los seres humanos son similares, porque poseen en alguna medida análogos mecanismos, tales como los de la sensación, percepción, apercepción, memoria, imaginación, generalización, abstracción, ra-

³² Cfr. RICHARD (Gaston), *La Sociologie générale et les lois sociologiques*, 1912; *La loi morale, les lois naturelles, et les lois sociales*, 1937.

³³ Cfr. FROMM (Erich), *Man for Himself: An Inquiry into the Psychology of Ethics*, Rinehart & Co., New York, 1947, p. 38.

³⁴ Cfr. KLUCKHOHN (Clyde), and MURRAY (Henry A.), *Personality Formation: The Determinants, in Personality in Nature, Society, and Culture*, edited by Clyde Kluckhohn and Henry A. Murray, Knopf, Nueva York 1950, pp. 35 y ss.

ciocinio, reacciones emocionales, sentimientos de amor, aversión, tendencias, impulsos, deseos, deliberación, decisión, voluntad, etc.; y porque todos en alguna manera realizan las funciones propias de tales mecanismos.

C) Desde el punto de vista de las *funciones de la vida humana*. En toda vida humana en mayor o menor proporción hallamos presentes una serie de funciones, o mejor dicho, un *sistema de funciones*, tales como: la función de conocimiento del mundo en torno y de los prójimos, la función técnica para hallar acomodo en la naturaleza y dominar en alguna medida al servicio de la satisfacción de las próximas necesidades, la preocupación religiosa por el más allá, la expresión artística de emociones, la organización social incluyendo la organización jurídica, las actividades de tipo económico, etc.

Estos son los tres tipos de constantes universales de lo humano, que determinan una esencial similitud entre todos los seres de la especie humana.

Además, desde en punto de vista diferente del de la observación de los hechos, a saber, desde el *punto de vista ético y filosófico-jurídico*, puede y debe hablarse también de igualdad, pero en otro sentido enteramente diverso, es decir, de *igual moral y jurídica* de todos los hombres, lo cual quiere decir igualdad en dignidad, en los derechos fundamentales o esenciales de todo individuo humano, igualdad formal ante el Derecho, e igualdad de oportunidades. Ahora bien, esto, aunque tiene máxima importancia, no pertenece al estudio que aquí se esboza, como base para el conocimiento sociológico.

2. Aparte de las similitudes entre todos los seres de la especie humana, *cada hombre es parecido desde varios puntos de vista a algunos otros hombres*. Estas características similares que se dan entre algunos hombres, consisten en rasgos de las más diferentes clases.

Puede haber semejanza de un hombre con otros por razón del tipo constitucional bio-psíquico (ciclotímico o pícnico; cerebral, circulatorio, respiratorio o muscular; etc.), por razón de ciertas características somáticas, como la forma de la cabeza (alargada, aplastada o redonda), la estatura, la pigmentación de la piel, el color de los ojos, la clase del cabello, la forma de la nariz, etc., en suma, por razón de lo que se suele llamar diferencias raciales; por razón del sexo; por razón de la edad; etc.

Las semejanzas de una persona con algunas otras pueden consistir también en afinidades psicológicas, p. e., la posesión de un talento de la misma índole (matemático, filosófico, poético, musical, práctico, etc.) y la carencia de determinados talentos o habilidades especiales; el ser introvertida o extrovertida; el predominio de lo intelectual sobre lo emocional, o viceversa; la acentuación de determinadas tendencias o sentimientos (afán de poder, vanidad, etc.); y la debilidad de otros sentimientos o afanes; etc.

Otras semejanzas entre muchos hombres están determinadas por causas sociales y culturales. Así, por ejemplo, las semejanzas que se dan entre los miembros de un grupo social, por ejemplo, de una nación, de una profesión, de un círculo de cultura, de una clase social, etc. Así, por ejemplo: los miembros de una nación presentan ciertas características comunes; los marinos de todo el mundo, independientemente de cuál sea su país, tienden a manifestar rasgos semejantes; así también las personas que durante muchos años han ejercido autoridad sobre otras suelen desarrollar un sistema similar de reacciones; y lo propio acontece con quienes han adquirido el hábito de la obediencia rígida y no tuvieron ocasión de desenvolver sus individuales

iniciativas; las gentes que tienen la misma lengua materna presentan un similar estilo mental; los ciudadanos educados en el ejercicio activo de la democracia tienen muchos rasgos en común, pero de signo contrario, los súbditos educados en un régimen autocrático; etc.

3. Pero sucede que, sin perjuicio de las analogías universales entre todos los seres humanos, y sin perjuicio también de las semejanzas entre muchos seres humanos por razón de la posesión de ciertas características especiales, *cada individuo humano es diferente de todos los demás individuos humanos*.

Esta *unicidad* de cada individuo es precisamente esencial a lo humano. Ser hombre quiere decir ser un individuo único, diferente de todos los demás, incanjeable, intransferible, singular, irreductible a cualquier otro.

Tal unicidad ha sido subrayada vigorosamente tanto por la filosofía, especialmente por el pensamiento contemporáneo, como por las ciencias empíricas de lo humano, la antropología, la psicología y la sociología.

El filósofo y sociólogo judío-alemán Max Scheler —uno de los más grandes pensadores del siglo XX— ha demostrado que la persona es una individualidad concreta, singular y única, que es el correlato de su mundo en el cual ella se vive a sí misma, y que además constituye una vocación y una perspectiva particular para la realización de los valores.³⁵

José Ortega y Gasset³⁶ ha descrito el yo individual como un proyecto singular de vida, que nuestra voluntad puede realizar o no, pero cuyo plan no depende de los pensamientos ni de la voluntad del sujeto, sino del hecho inesquivable de ser cada quien algo así como un personaje programático único. "El yo es, por lo tanto, un proyecto de su vida. Pero no se trata de un proyecto ideado por él . . . , preferido libremente. Este proyecto se lo encuentra ya formado al encontrarse viviendo. Los antiguos usaban confusamente de un término cuyo verdadero significado coincide con ese que he llamado proyecto vital: hablaban del Destino y creían que consistía en las cosas que a una persona le pasan. Pronto se advierte que una misma aventura puede acontecer a dos hombres y, sin embargo, tener en la vida de uno y otro valores distintos y hasta opuestos, ser para uno una delicia y para otro un desastre. Lo que nos pasa, pues, depende para sus efectos vitales, que es lo decisivo, de quien seamos cada uno. Nuestro ser radical, el proyecto de existencia en que consistimos, califica y da uno u otro valor a cuanto nos rodea. De donde resulta que el verdadero Destino es nuestro ser mismo. Lo que fundamentalmente nos pasa es el ser que somos". "... Es vano pretender modificar ese que somos. Si en vez de ser nuestro auténtico yo fuese sólo algo nuestro —como el traje, el cuerpo, el talento, la memoria, la voluntad—, podríamos intentar corregirlo, cambiarlo, prescindir de él, sustituirlo. Pero ahí está, es nuestro ser mismo, es el que queramos o no tenemos que ser". "Somos nuestro Destino, somos proyecto irremediable de una existencia. En cada instante de la vida notamos si su realidad coincide o no con nuestro proyecto, y todo lo que hacemos para darle cumplimiento".

³⁵ Cfr. SCHELER (Max), *Der Formalismus in der Ethik* . . . 2ª ed., 1921, pp. 284 y ss., 497 y ss., 629 y ss. (Hay traducción española "Ética".)

³⁶ Cfr. ORTEGA Y GASSET (José), *Obras Completas*, Madrid, Rev. de Occidente, 1947, tomo IV, pp. 77 y ss.

En otro lugar, Ortega y Gasset³⁷ ha hecho notar que el concepto de "individuo" pertenece a la clase que algunos denominan conceptos "ocasionales", como son, por ejemplo, además del de "individuo", los conceptos "aquí" y "éste". "Tales conceptos o significaciones tienen una identidad formal que les sirve precisamente para asegurar la no-identidad constitutiva de la materia por ellos significada o pensada... Todo concepto es una significación general... Pero mientras en los otros conceptos la generalidad consiste en que, al aplicarlos a un caso singular, debemos pensar siempre lo *mismo* que al aplicarlos a otro caso singular, en el concepto ocasional, la generalidad actúa invitándonos a no pensar nunca lo mismo cuando lo aplicamos. Ejemplo máximo, el propio concepto "vida" en el sentido de vida humana. Su significación, en cuanto significación, es, claro está, idéntica; pero lo que significa es no sólo algo singular, sino algo único. La vida es la de cada cual".

Por mi parte, yo he insistido en otro lugar³⁸ sobre el hecho de que cada persona es tal, precisamente porque encarna una dimensión individualísima y única, intransferible, incanjeable, privatísima, exclusiva; así como sobre los siguientes hechos: A) Esa dimensión tiene su correspondencia en una peculiar e individual constelación de valores, en un destino singularmente propio. B) La persona individual representa un punto de vista único sobre el mundo y sobre la tarea en la vida, y, por lo tanto, encarna una singular perspectiva, teórica y práctica.

Estos son los resultados a que ha llegado la filosofía respecto de la persona individual. Ahora bien, por otros caminos, por los caminos de la ciencia empírica, se ha llegado a los mismos resultados.

El antropólogo Kluckhohn, profesor de Antropología en la Universidad de Harvard, y el psicólogo Murray, director de la clínica psicológica de Harvard, en una obra común³⁹ dicen: "... Hay el hecho ineludible de que un hombre desde muchos puntos de vista no se parece a ningún otro hombre. Los modos de percibir, sentir, necesitar y comportarse de cada individuo tienen modalidades características, que no se encuentran duplicadas por las de ningún otro individuo. Esto en parte tiene su origen en la combinación única de los materiales biológicos, que la persona ha recibido de sus padres. O, diciéndole más exactamente, el radical carácter único de cada personalidad es el producto de incontables y sucesivas interacciones entre la constitución del individuo, la cual va progresivamente madurando, y las diferentes situaciones ambientales, desde el nacimiento en adelante. Una secuencia idéntica de tales factores determinantes no se reproduce jamás. En este respecto es necesario subrayar la importancia de los "accidentes", esto es, de los acontecimientos que no son predecibles respecto de ningún individuo sobre la mera base de un conocimiento general de su ambiente físico, social y cultural. Un niño se pierde en un bosque y sufre hambre y las inclemencias del tiempo. Otro niño por poco se ahoga por una inundación súbita en un barranco. Otro niño pierde a su madre y es educado por una anciana abuela, o su padre se casa de nuevo y su crianza es encomendada a una madrastra de personalidad psicopática. Aunque las personalidades de los varios niños que han experimentado un mismo trauma de uno de los tipos mencionados se parecerán frecuentemente unas a otras en ciertos aspectos,

³⁷ Cfr. ORTEGA Y GASSET (José), *Obras Completas*, tomo VI, pp. 35 y ss.

³⁸ Véase: RECASÈNS SICHES (Luis), *Tratado General de Filosofía del Derecho*, Edit. Porrián, 1953, pp. 105-106, 249-250, 256-259, 269-271.

³⁹ Cfr. *ob. cit.* en la nota 24 de este cap., pp. 37 y ss.

sin embargo, las diferencias entre esas personalidades pueden ser todavía más notables. Esas diferencias pueden ser debidas, en parte, al hecho de que la situación traumática en cada caso tenía rasgos únicos, y en parte porque en el momento del trauma la personalidad de cada niño, la cual entonces ya era única, respondió de una manera única. Así, pues, hay unicidad en cada ambiente; pero todavía hay más: hay también unicidad determinada por el número, las especies, y el orden temporal de las situaciones críticamente determinantes encontradas en el curso de la vida."

El psicólogo norteamericano Gardner Murphy⁴⁰ hace notar que ya G. W. Allport mostró elocuentemente que la personalidad es siempre única; y que muchos de los mejores trabajos sobre este tema se centran hoy en día en este principio, que ha quedado sólidamente establecido.

Todo lo expresado hasta aquí sobre el carácter único de cada personalidad individual, se refiere a la personalidad como tal. Se refiere tanto a la personalidad concreta de cada individuo, en tanto que resultado unitario del conjunto de los varios componentes que la integran, como asimismo a la dimensión también exclusiva y única del yo. La unicidad del yo profundo, así como la unicidad en la constelación de todos los ingredientes que intervienen en cada personalidad, determina la unicidad de la personalidad de cada individuo, el hecho a la vez profundo y visible de que cada individuo es, desde ciertos puntos de vista, *diferente de todos los demás individuos de la especie humana*, y de que constituye un sujeto único, exclusivo, incanjeable, insustituible. Ahora bien, además de esta unicidad, que se predica de la personalidad como una unicidad, cabe que observemos las varias diferencias particulares que se dan entre los varios individuos desde otros puntos de vista.

La observación común y cotidiana nos muestra que las personas humanas difieren entre sí en muchísimos de los caracteres físicos y psíquicos.

Aparte de las diferencias en cuanto a sexo, tipo sanguíneo, huellas digitales, tipo de constitución orgánica y edad, los seres humanos difieren también en otros caracteres físicos, como por ejemplo, estatura, fisonomía, vigor muscular, agilidad, timbre de voz, color de los ojos, color de la piel, etc.

Difieren también los seres humanos en cuanto a caracteres psíquicos, por ejemplo, en cuanto a los talentos especiales, en cuanto al grado de inteligencia, en cuanto a la aptitud para la abstracción, en cuanto a la capacidad, volumen, exactitud y persistencia de la memoria, en cuanto a la rapidez de la evocación, en cuanto al vigor de la fantasía, en cuanto a la fuerza de voluntad, en cuanto al temperamento emocional, etc. La experiencia común y cotidiana nos muestra que en cuanto a inteligencia, hay grandes filósofos como Aristóteles y hay idiotas. En arte hay grandes pintores, como Velázquez, y gentes cuyos dibujos disminuyen el valor del papel en que los hicieron. En un millar de niños elegidos al azar que dedican igual cantidad de horas y de esfuerzo para aprender a leer, unos adelantarán el doble o el triple de lo que adelantan otros.⁴¹ Hay quienes poseen un talento matemático, mientras que carecen de comprensión para la literatura; mientras que otros, que descuellan en la filosofía, son incapaces de realizar una suma sin equivocarse.

⁴⁰ Cfr. MURPHY (Gardner), *Personality: A Biosocial Approach to Origins and Structure*, Harper, Nueva York, 1947, pp. 43 y ss.

⁴¹ Cfr. THORNDIKE (E. L.), *Human Nature and the Social Order*, MacMillan, Nueva York, 1940, p. 221.

Difieren también los varios individuos en cuanto a sus aficiones y deseos. Una persona renunciará a la comida para poder ir a escuchar de pie una ópera, mientras que otra persona no escucharía esa ópera aunque la ejecutasen al pie de su ventana. Una mujer auxiliará a los desvalidos sin otra recompensa que la satisfacción que le proporciona el alivio que les dió, mientras que otra persona no se preocupará de ellos más que del polvo que pisan sus pies. La mayor parte de las gentes prefieren la compañía, pero hay individuos que prefieren la soledad, como los eremitas.

El fondo decisivo de nuestra individualidad consiste sobre todo en un sistema nato de preferencias y desdenes, algo así como una batería emocional de preferencias y de repulsiones. "Antes de que conozcamos lo que nos rodea vamos lanzados por el corazón en una u otra dirección, hacia unos u otros valores".⁴²

Se diferencian unos individuos de otros por la trayectoria singular y única de la vida de cada cual. El pasado de cada individuo influye sobre su presente, entre otras razones porque provee a la persona con un fondo de experiencias a su espalda, las cuales actúan como un aleccionamiento.

También se diferencian los individuos entre sí por determinantes sociales, por ejemplo: por los grupos a los que pertenecen, por las funciones que realizan, tales como la profesión de cada uno, el papel que desempeñan en los grupos en que participan, la opinión que cada cual merece a los demás miembros de un grupo, por el rango que ocupan en los varios grupos de que forman parte, por la posición económica que tienen, por el influjo mayor o menor que ejercen sobre otros sujetos, por la acción más o menos fuerte que los demás desarrollan sobre ellos, etc.

Hay un enorme número y una enorme variedad de diferencias entre los individuos, las cuales se deben a determinantes culturales: lo que ha aprendido cada uno, cómo lo ha aprendido, la influencia que eso que aprendió ejerce efectivamente sobre su vida, qué clase de influencia sea ésta, hasta dónde y qué manera actúe sobre su propio pensamiento, sobre sus emociones y sobre su conducta, etc.

En cuanto a las funciones de la vida humana, las cuales son constantes en cuanto a su presencia, puede decirse que esas mismas funciones son realizadas siempre de diversa manera. En efecto, el hombre *hace siempre las mismas cosas, pero las hace siempre de modo diferente*. Ahora bien, esta observación que en cierta medida tiene validez para las vidas individuales, se aplica sobre todo a la caracterización de la variedad de culturas, correspondiente a la variedad de situaciones social-históricas. Los hombres cumplen siempre funciones religiosas, de conocimiento, de expresión artística, técnicas, económicas, políticas, jurídicas, etc. Pero el Derecho es vario en los diversos pueblos y cambia a lo largo del tiempo. También el Arte es vario y unos estilos van sustituyendo a otros. Y lo mismo puede decirse de las demás ramas de la cultura, en cada una de las cuales se manifiesta, se cumple y se objetiva una de las funciones propias de la vida humana.

19.—PLASTICIDAD Y VARIEDAD DE LO HUMANO

Lo humano, es decir, los desarrollos y las realizaciones de la vida de los hombres, presenta una variedad, que no tiene pareja con nada en el mundo.

⁴² Cfr. THORNDIKE (E. L.), *ob. y lug. cit.* en la nota precedente.

Es cierto que en todos y cada uno de los sectores del Universo observamos una muy rica variedad, hasta el punto de que de cada realidad concreta podemos predicar la dimensión de ser única, de ser diferente de todas las demás de la misma especie. No sólo cada árbol es único, sino que también son únicas cada una de sus hojas. El examen matemático y microscópico ha demostrado que cada copo de nieve es único. Lo es también cada formación geológica. Esta unicidad de cada una de las cosas en el mundo en relación con sus semejantes de la misma especie no depende probablemente de los componentes de cada cosa, sino más bien de la combinación y de la interacción entre esos componentes. A pesar de esa unicidad de cada una de las cosas de una especie, ha sido posible elaborar un conocimiento científico de ellas, porque la ciencia con sus métodos de análisis, medida y conceptualización logra aprender los caracteres generales; y así, aunque cada árbol es diferente y cada hoja es única, hay una ciencia botánica; y a pesar de que cada copo de nieve es único hay una ciencia de la cristalografía.⁴³

Ahora bien, la variedad de lo humano no es un caso más de la variedad que hallamos entre las cosas de cada una de las especies de seres que en el mundo hay. Es una variedad en cuanto a las diferencias no solamente mucho más extensa que cualquiera otra de las variedades que encontramos en el Universo dentro de la misma especie de seres. Es, además, una variedad de una categoría diferente de todas las otras variedades. En una variedad ontológica. Tanto, que para aprehender lo humano no sirven las categorías ni los conceptos manejados por las ciencias de ideas, ni por las ciencias de la Naturaleza. Por el contrario, hay la necesidad de hallar otras categorías y otros conceptos. Porque sucede que en lo humano hallamos no sólo una gran variedad en cuanto a la personalidad concreta de cada individuo, por razón de la variedad de las concreciones de múltiples y varios ingredientes biológicos y psicológicos, concreciones cuyo resultado es la personalidad de cada sujeto. Hallamos desde luego tales variedades, y, por consiguiente, el carácter único de cada personalidad individual. Pero, esto, en definitiva sería algo parecido —aunque sólo hasta cierto punto— a la variedad que encontramos dentro de cada una de las especies de cosas en el mundo. Tanto es así, que, a pesar de esas variedades humanas, se han podido desarrollar una ciencia biológica del hombre, y una ciencia psicológica de la personalidad, a la cual no trata solamente de los casos singulares, sino de las leyes de organización de los componentes de la personalidad. Pero sucede que además de esas variedades biológicas y psicológicas, y consiguientemente de la personalidad, hay otro tipo de variedad, que es muchísimo mayor, y de otra índole: la variedad en cuanto a la realidad concreta de lo que cada vida humana es. Siguiendo a Ortega y Gasset, pensemos en un minuto "todas las cosas que el hombre ha sido, es decir, que ha hecho de sí —desde el salvaje paleolítico hasta el joven *surrealista* de París".⁴⁴ De la hembra paleolítica han salido Santa Teresa de Jesús, Madame de Pompadour, Helen Keller y Eleanor Roosevelt. Del primitivo que no puede contar arriba de cinco salieron Newton y Einstein. Pensemos en la variedad sustancial que se da entre tantos y tantos seres humanos, por ejemplo: entre Sócrates, San Francisco de Asís, Gengis-Khan, Isabel la Católica, Casanova, Charles Chaplin y Trotzky.

⁴³ Cfr. *ob. y lug. cit.* en la nota N° 30 de este cap.

⁴⁴ Cfr. ORTEGA Y GASSET (José), *Obras Completas*, Madrid, Rev. de Occidente, 1946, tomo VI, pp. 34 y ss.

"Mientras tanto, el cuerpo y la psique del hombre, su *naturaleza* no ha experimentado cambio alguno importante al que quepa claramente atribuir aquellas efectivas mutaciones. Por el contrario, sí ha acontecido el cambio *sustancial* de la realidad vida humana... La vida humana no es, por tanto, una entidad que cambia accidentalmente, sino al revés, en ella la *sustancia* es precisamente cambio. Como la vida humana es un *drama*,... quiere decirse que la *sustancia* sería su argumento".⁴⁵

Estas consideraciones ponen de manifiesto que las variedades y los cambios en las realidades concretas de la vida humana rebasan no sólo considerablemente en extensión todas las variedades que se den entre los seres de la misma especie en otros reinos del mundo, sino que pone también de manifiesto el hecho de que esas variedades y mutaciones humanas son de una categoría diferente. La vida humana hemos de pensarla no sólo como naturaleza, sino principalmente como historia. El hombre es lo que ha hecho y lo que hace, es su historia. Por eso el estudio de lo humano necesita manejar categorías diferentes de aquellas usadas por las ciencias de ideas y por las ciencias de la naturaleza. En la investigación sobre esas nuevas categorías, propias de lo humano, trabajó hace unos decenios el filósofo alemán Dilthey, y en nuestros días sobre todo José Ortega y Gasset,⁴⁶ y el filósofo inglés Collingwood.⁴⁷

Así, Collingwood, coincidiendo en esto con Ortega y Gasset, observa que la 'ciencia de la naturaleza humana' quebró porque incurrió en el gravísimo error de querer usar un método parecido al de las ciencias naturales, al de la física o al de la biología. El elemento realmente nuevo en el pensamiento de hoy en día es el centrar el estudio de lo humano alrededor de la historia. La historia ocupa en el mundo presente una posición análoga a la que la física ocupó en el siglo XVII: se reconoce a la historia como una forma especial y autónoma de pensamiento, últimamente establecida, cuyas posibilidades aún no han sido completamente exploradas. La manera correcta de investigar la mente humana es el usar los métodos de la historia. La Historia, según Collingwood, no es la descripción de los sucesivos acontecimientos humanos, sino el estudio de aquellos acontecimientos que son la expresión externa de pensamientos. El conocimiento histórico no se interesa solamente por el pasado remoto. Si bien es verdad que pensando históricamente re-pensamos y re-descubrimos el pensamiento de Hammurabi y Solón, también es verdad que de la misma manera descubrimos el pensamiento de un amigo que nos escribe una carta, o de un extraño que cruza la calle. Y es también pensando históricamente como puedo descubrir lo que pensé hace diez años, al leer lo que entonces escribí, o lo que pensé hace cinco minutos, al reflexionar en una acción que realicé entonces, la cual me sorprende cuando descubro lo que hice. Así, pues, según Collingwood, la ciencia de lo humano se resuelve en historia. Este pensamiento es parecido al que muchos años antes expresó Ortega y Gasset diciendo que "el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... historia".

Esas afirmaciones ponen de manifiesto una notoria verdad respecto de la realidad de la vida humana, la cual es esencialmente varia y cambiante; pero, en mi opinión, incurren en una exageración indebida. Si bien es verdad que la vida humana no es una cosa ya hecha, ni es tampoco el desenvolvimiento de un proceso o de un ciclo constante, sino que por el contrario es algo que se tiene que hacer, y se va haciendo, en cada momento, y que en cada momento y por cada individuo se hace de un modo vario, sin embargo también es verdad que hay en el ser humano algunas dimensiones constantes. Ya me ocupé de esas dimensiones constantes, pero quizá convenga recordarlas resumidamente aquí. Hay las constantes biológicas, las psicológicas, el sistema de funciones de la vida humana propiamente como tal. Pero hay algo más y de mayor importancia, que es también constante: la dimensión religiosa y ética del hombre.

⁴⁵ Cfr. DILTHEY (W.), Obras I. *Introducción a las Ciencias del Espíritu*, VI. *Psicología y Teoría del Conocimiento*, VII. *El Mundo Histórico*. Versión, prólogo y notas de Eugenio Imaz, Fondo de Cultura Econ., México, 1944 y 1945.

⁴⁶ Cfr. ORTEGA Y GASSET (José), *Obras Completas*, seis tomos, Madrid, 1947.

⁴⁷ Cfr. COLLINGWOOD (R. G.), *The Idea of History*, Oxford, Clarendon Press, 1946; *An Essay on Metaphysics*. Oxford. Clarendon Press, 1940.

Podríamos distinguir entre los elementos constantes de lo humano, por una parte, y la esencial variedad y mutabilidad de la existencia humana en sus concreciones reales, es decir, en su realidad cultural-histórica, por otra parte.

Es notable y, a la vez, muy satisfactorio el hecho de que en este punto de la plasticidad de lo humano, al igual que en otros puntos, se ha producido un paralelismo, o aun diríase mejor una concordancia, entre los resultados de la filosofía contemporánea y de las ciencias empíricas. Parece que la plasticidad esencial de la vida humana, en tanto que tal vida humana —tal y como se ha expuesto— tiene una correspondencia en otro plano de la realidad humana, en el plano biológico. En efecto, el gran antropólogo Ashley Montagu dice: "En tanto que animal el hombre es de todos los seres vivos el más plástico, el más adaptable, el más educable. De hecho, el rasgo singular que por sí solo basta para distinguir al hombre de todos los demás animales es su carácter de *educabilidad*."⁴⁸ En parte, el hombre decide individualmente lo que va a ser su vida, mejor dicho, puede decidirlo. Sucede empero que, por otra parte, un gran número de seres humanos resultan moldeados por la realidad colectiva circundante, hecho que es también una prueba de la plasticidad de lo humano, porque la realidad colectiva, el ambiente social, que moldea, es muy vario en los diversos lugares y es además cambiante, es lo uno y a la vez lo otro en un grado por completo desconocido en los contornos del mundo puramente animal. La variedad de culturas es asombrosamente enorme, sin parangón con otras variedades en el reino de lo no humano.

⁴⁸ Cfr. MONTAGU (Ashley), *The Biosocial Nature of Man*, Grove Press, Nueva York, 1956, pp. 9 y ss.